
Tentando
al Vizconde
ENCANTAR UN LORD
USA TODAY Bestselling Author
SUZANNA
MEDEIROS

TENTANDO AL VIZCONDE

ENCANTAR UN LORD
LIBRO 8

SUZANNA MEDEIROS

ZINIA PRESS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
EPÍLOGO 1
EPÍLOGO 2
EPÍLOGO 3
EPÍLOGO 4

Nota de la autora
Gracias
Encantar un Lord
Escándalos navideños
La autora

TENTANDO AL VIZCONDE

Ella busca un amante, pero él tiene la intención de convertirla en su esposa...

Tras sobrevivir a un matrimonio infeliz, la baronesa viuda Mansfield planea disfrutar de su libertad. Pero cuando Lucy conoce al vizconde Holbrook, no puede ignorar la chispa de atracción que se enciende entre ellos.

Así que hace lo único lógico para una mujer en su posición: le pide que sea su amante. Pero su insatisfactoria experiencia con su primer marido la hace dudar si es siquiera capaz de disfrutar de tal arreglo.

Holbrook responde proponiendo una apuesta. Si puede demostrarle que es capaz de experimentar placer, ella le permitirá cortejarla.

Holbrook está decidido a comportarse honorablemente, pero Lucy lo tienta a ceder a sus deseos más básicos. Su único recurso es convencerla de que ambos pueden obtener lo que quieren.

Copyright © 2025 Saozinha Medeiros

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: 2024 © Tempting the Viscount Saozinha Medeiros

A cada uno de ustedes que ha estado junto a mí en este increíble viaje.
Gracias.

CAPÍTULO UNO

Abril de 1819

UNA HORA. Ese fue el tiempo que le tomó a Lucy, la viuda Lady Mansfield, sentirse incómoda con su entorno.

No era exactamente el evento. Una cena con su hermano, el Duque de Clarington, y su esposa Charlotte, quien también era su amiga más cercana. Pero la cena íntima que los Clarington organizaban anualmente la noche anterior a su baile había aumentado de tamaño desde la última vez que asistió, hace dos años.

Lucy había permanecido en el campo el año pasado después de que su esposo de once años falleciera. En retrospectiva, suponía que su muerte había sido inevitable. Era solo cuestión de tiempo antes de que fuera desafiado a un duelo por uno de los muchos hombres a los que había engañado a lo largo de los años.

Había evitado Londres porque no podía enfrentar el escándalo que había recorrido la alta sociedad después de que se propagaran los rumores sobre el duelo. Su humillación había sido suficiente sin tener que lidiar con las miradas de lástima y los murmullos de todos los que conocía.

Se había casado por amor después de su primera temporada. Pero ese amor rápidamente se convirtió en odio cuando el hombre

que la había cortejado incansablemente se cansó de su compañía después de solo un año de matrimonio.

El dolor que la abrumó cuando descubrió por primera vez su infidelidad se desvaneció con los años. Por supuesto, su esposo la había culpado cuando ella no logró darle un heredero. O cualquier hijo.

Mansfield se había enojado y le había restregado sus aventuras en la cara, diciéndole que si ella no podía darle hijos, tal vez otra mujer podría. Había sido un movimiento calculado para causarle dolor, algo en lo que su esposo parecía sobresalir. Pero cuando no logró engendrar ni siquiera un bastardo —a pesar de sus diligentes esfuerzos por hacerlo a lo largo de los años— finalmente dejó de reprenderla por su incapacidad para quedar embarazada.

Ella se mantuvo fuera de su camino, y él la dejó en paz.

Lucy no extrañaba a su esposo. El hombre del que se había enamorado había sido una ficción. Cuando su esposo murió, se dio cuenta de que ya había llorado la pérdida del hombre que amaba muchos años atrás.

Se acomodó más cómodamente en un sillón en un rincón del lujosamente amueblado salón de su hermano y observó a todos los invitados. Aparte de ella misma, cada persona presente estaba felizmente casada.

No les reprochaba su dicha. Pero ver la forma en que cada pareja miraba a su cónyuge con afecto, si no con adoración apenas disimulada, la hacía sentir ansiosa. Y con cada sonrisa y toque amoroso que presenciaba, Lucy se sentía cada vez más incómoda.

No podía evitar preguntarse si algo andaba mal en ella. ¿Por qué su matrimonio por amor había salido terriblemente mal mientras estas personas pudieron asegurar finales felices? Era imposible creer que el amor verdadero no existía cuando estaba rodeada de tanta evidencia de lo contrario. Aparentemente el amor *sí* existía. Solo que no para ella.

Temía la cena que comenzaría pronto. Si su cuñada no hubiera sido su amiga más cercana desde la infancia, Lucy habría fingido un dolor de cabeza para escapar de la sofocante felicidad. Ya que se

estaba quedando con Alex y Charlotte durante la temporada, sería fácil escabullirse arriba y buscar consuelo en su habitación.

Pero Charlotte sabría que estaba mintiendo.

Así que Lucy sonrió y participó en charlas triviales con los otros invitados. Sobre todo, trató de ignorar la sensación de que no pertenecía a este grupo de personas. La cena aún no se había servido, y un dolor de cabeza muy real comenzaba a formarse, pero lo ignoró.

Y entonces *él* entró en la habitación.

El vizconde Holbrook.

Lo había conocido solo brevemente antes de esta noche. Era alto, con cabello castaño oscuro que llevaba corto a la moda, y sus ojos eran de un azul profundo que parecía antinatural.

Era casi injusto lo apuesto que le parecía, y en otra vida se habría esforzado por buscar su atención. Pero la experiencia le había enseñado que tales hombres nunca serían fieles.

Lo observó mientras recorría la habitación, saludando a todos los invitados como si fueran amigos de toda la vida. No pudo evitar preguntarse cómo había entrado en el círculo íntimo de su hermano. Y viendo la forma en que Alex lo saludaba cálidamente, era evidente que a su hermano le agradaba mucho más de lo que alguna vez le había agradado el esposo de Lucy.

Al principio, Alex había tolerado a Mansfield porque Lucy lo amaba. Después de ese primer año, cuando quedó claro que su esposo estaba decidido a acostarse con cada mujer dispuesta de la alta sociedad, la indiferencia de Alex hacia Mansfield se había convertido en algo mucho más oscuro. Su hermano no daría la bienvenida a alguien más en su grupo que se comportara de manera similar.

Tal vez Holbrook limitaba sus aventuras amorosas a las viudas.

Un destello de conciencia la recorrió ante ese pensamiento. Ella era viuda. No había nada que le impidiera tomar también un amante. Podría no tener amor, pero eso no significaba que no pudiera encontrar placer con un hombre. O muchos.

El disgusto amargó su estado de ánimo ante ese último pensamiento. No, no muchos hombres. Pero tal vez un hombre. Este

hombre. Si pudiera encontrar el coraje dentro de sí misma.

Se puso de pie cuando él se acercó a donde estaba sentada.

—Lady Mansfield —tomó la mano que ella le extendió e hizo una reverencia sobre ella—. Es un placer verla aquí esta noche.

Era demasiado educado para decir algo sobre su esposo —¿habría conocido a Mansfield?— pero su expresión cautelosa dejaba claro que sentía curiosidad. Probablemente asumía que ella aún estaba de luto por su muerte.

Ella juntó las manos en su cintura mientras respondía, pero no pudo recordar lo que dijo porque todos sus pensamientos estaban centrados en el hecho de que su mano hormigueaba donde él la había sostenido.

Ninguno de los dos llevaba guantes. Ella sabía que no serían necesarios ya que no era una cena formal, pero le sorprendió que Holbrook también hubiera prescindido de usarlos. ¿Qué tan bien conocía a su hermano?

Era una tontería preguntarse. Si estaba considerando la posibilidad de tomar un amante, seguramente podría hacerle una simple pregunta al hombre. No es que creyera que alguna vez sería tan audaz, pero era divertido entretener la idea.

—Cuando mi cuñada habló sobre la cena de esta noche, no esperaba que asistiera tanta gente —quiso hacer una mueca después de pronunciar esas palabras. ¿Había sonado como un insulto? ¿Pensaría él que estaba cuestionando por qué había recibido una invitación?—. No pretendo ofender, por supuesto. Pero con el baile de mañana, suponía que solo habría unas pocas personas aquí.

El Marqués de Overlea y el Conde de Kerrick eran los amigos más cercanos de Alex, y se veían todos los días cuando estaban en la ciudad. Ella sabía que los dos hombres y sus esposas estarían aquí esta noche, pero no esperaba a todos los demás.

El Marqués de Lowenbrock era el hermano de las esposas de Overlea y Kerrick, así que su presencia no era una sorpresa. Pero la asistencia del Vizconde de Ashford, el Barón Cranston y el Conde de Hargrove era inesperada, al igual que la de Holbrook.

Las comisuras de los ojos de Holbrook se arrugaron mientras le sonreía.

—Creo que Hargrove y Cranston podrían haber abogado por mi presencia esta noche.

Ella soltó el aliento que había estado conteniendo. Su marido se habría erizado ante sus palabras, aunque no se hubiera pretendido ofender. Claramente, Holbrook era de temperamento más equilibrado. Era otro punto a favor del hombre.

—Y Charlotte habría estado de acuerdo porque significaba que no habría un número impar de personas en la mesa.

—Parece que ese es mi papel ahora. El hombre al que invitan a sus cenas para equilibrar el número de invitados —a pesar de su intento de parecer compungido, no pudo ocultar su diversión.

—Bueno, yo por mi parte me alegro de no ser la única persona soltera aquí —no estaba segura de qué la hizo apresurarse a añadir —: No tema, dudo que estén haciendo de casamenteros. Charlotte no cree que esté lista para eso todavía.

Su mirada se tornó seria, y ella tuvo la extraña sensación de que él veía a través de ella. ¿Podría percibir lo rota e insegura que estaba bajo el comportamiento distante que había perfeccionado después de que su marido la convirtiera en objeto de lástima?

—¿Estaría ella en lo cierto con esa suposición? ¿Que aún no está lista para...?

Sus palabras se apagaron como si acabara de darse cuenta de que la pregunta era demasiado atrevida, y la imaginación de ella saltó para llenar los vacíos. ¿Para encontrar el amor de nuevo? ¿Para casarse? ¿Para tener un tórrido romance?

Ella no era ninguna inocente. Como viuda que ya había salido del luto, sabía que los hombres la buscarían. Le harían todo tipo de invitaciones lascivas; a lo largo de los años lo había visto de primera mano con otras viudas, que no hacían ningún secreto del hecho de que estaban disfrutando de su recién encontrada libertad. Pero de alguna manera no creía que esa hubiera sido la intención de Holbrook.

Él se puso rígido como si acabara de darse cuenta de lo que había insinuado, y ella se rio cuando él se pasó una mano por la cara. Cuando bajó el brazo de nuevo, su sonrisa estaba torcida en una esquina. El toque de color en sus pómulos la encantó.

—Cualquiera pensaría que nunca he hablado con una mujer hermosa antes. No pretendía faltar al respeto, por supuesto. Por favor, no se lo diga a su hermano. Estoy bastante hambriento y no me apetece que me echen —se inclinó cerca—. Y mis amigos volverían a contar la historia durante el próximo año para su propio entretenimiento.

Ella volvió a reír, divertida. Le agradaba el vizconde, y no sabía qué hacer con ese conocimiento.

—Su secreto está a salvo conmigo. Por ahora.

El mayordomo entró entonces en la habitación y anunció que la cena estaba lista. Holbrook arqueó una ceja y le ofreció su brazo. Lo habían invitado para que fuera su acompañante en la cena, así que no debería haber sentido el aleteo de nervios en la boca del estómago mientras metía la mano en el hueco de su codo.

—Me esforzaré por estar en mi mejor comportamiento el resto de la noche —el rumor de su voz la envolvió, baja e íntima.

Ella no respondió, pero no pudo evitar una pequeña punzada de decepción. *Pero si apenas empezábamos a divertirnos tanto.*

CAPÍTULO DOS

HOLBROOK DESCUBRIÓ que era decididamente menos agradable asistir a un baile cuando todos sus amigos ya estaban casados. Esta temporada no era el amigo sabio que veía un poco más allá y que hacía lo posible por empujar a un amigo en la dirección romántica correcta. No, este año era el único soltero del grupo. Empezaba a sentir que no encajaba del todo. No era por nada que dijeran o hicieran, pero no podía sacudirse esa sensación.

Quizás fuera hora de considerar seriamente la idea de sentar cabeza. Después de todo, no es que estuviera causando sensación entre las mujeres disponibles de la alta sociedad. Si eso fuera lo que quería, sabía que podría encontrar una compañera de cama dispuesta con bastante facilidad. Varias mujeres esa noche ya habían dejado caer discretas insinuaciones de que estarían abiertas a un romance.

Pero rodeado de sus amigos felizmente casados, no podía ignorar el incómodo anhelo de encontrar lo mismo para sí mismo. Una mujer digna de su amor. Una que lo complementara.

Era una idea tonta y romántica, pero él siempre había sido algo romántico. Y la cena de ayer le había demostrado que la felicidad y el amor duradero *eran* posibles.

Le costó un gran esfuerzo no fruncir el ceño mientras escudriñaba a los invitados que llenaban el resplandeciente salón de baile. Se quedó a un lado y observó a las parejas que ya estaban

bailando. Las mujeres llevaban vestidos de colores brillantes para mostrar sus atributos, y aunque muchas sonreían, era evidente que un número igual simplemente toleraban a sus parejas.

Y luego estaban las jóvenes que se encontraban con sus amigas y madres a lo largo de los bordes de la sala, tratando de aparentar que no estaban desesperadas por conseguir sus propias parejas de baile.

No conocía a ninguna de ellas. Se imaginó la tarea que tenía por delante mientras buscaba una novia. Tendría que invitar a bailar a muchas, quizás incluso a todas. Después, la cortesía dictaba que las visitara al día siguiente.

La temporada se extendía ante él, una serie potencialmente interminable de tediosos días y noches para conocerlas mejor. De tratar de cribar entre las jóvenes tontas para encontrar a la única mujer que capturaría su corazón. Ya estaba cansado solo de pensarlo.

Dejó que su mirada se moviera de grupo en grupo mientras intentaba formular un plan de ataque.

¿Siempre había habido tantas debutantes? Quizás debería empezar por las mujeres que estaban en su segunda o tercera temporada. O tal vez debería empezar por el grupo de mujeres mayores sentadas a un lado, contentas de charlar entre ellas porque habían cesado su búsqueda de marido. Seguramente serían menos propensas a hablar incesantemente sobre colores de vestidos y cintas para el pelo.

Para ser justos, eso solo había sido una joven, pero era la única persona con la que había bailado esa noche. Su constante cháchara sobre si debería haberse puesto un vestido de otro color lo había tentado a rendirse e irse a casa en el momento en que la había escoltado de vuelta a su madre demasiado ansiosa. La mujer mayor lo había mirado de arriba abajo como si ya estuviera imaginando el día en que él volvería para suplicar la mano de su hija en matrimonio.

—¿Buscas a alguien en particular?

Se volvió para encontrar a Hargrove y a su condesa de menos de un año a su lado. Ni siquiera los había oído acercarse. —¿Tenéis

alguna sugerencia? ¿Por qué hay tantas este año?

Lady Hargrove se rio. —No hay más jóvenes aquí que el año pasado. Y no recuerdo que te comportaras tan malhumorado entonces.

—En efecto —continuó Hargrove—. ¿Hubo alguien con quien no bailaras la temporada pasada? ¿Por qué estás ahora apartado, frunciendo el ceño a todo el mundo?

Holbrook difícilmente podía admitir que el año pasado no le importaba encontrar esposa, por lo que no le había costado ningún esfuerzo disfrutar de los diversos bailes a los que habían asistido. Pero ahora que había decidido que quería lo que Hargrove había encontrado con Eleanor, de repente se sentía perdido. No tenía ni idea de cómo buscar una novia. Todas las mujeres interesantes de su conocimiento ya estaban casadas.

O viudas. Sus pensamientos volvieron a Lady Mansfield. Como las dos únicas personas solteras que asistieron a la cena de anoche, se habían sentado uno al lado del otro durante la comida, y él había disfrutado mucho de su compañía. Incluso le había perdonado su horrible metedura de pata al principio de la velada cuando, sin querer, le había hecho una proposición.

La viuda seguía siendo una mujer joven. Si era mayor que sus propios treinta años, no era por mucho. Y era innegablemente hermosa con su pelo oscuro y sus ojos azul claro. La había encontrado atractiva, por supuesto. Cualquier hombre lo haría.

Pero a pesar de su comportamiento amistoso de anoche, se había mantenido distante. Más de una vez había visto cómo sus ojos se nublaban como si estuviera recordando algo. Normalmente después de presenciar la interacción amorosa de otro invitado con su cónyuge.

No pudo evitar preguntarse si su matrimonio había sido feliz. Había oído los rumores, por supuesto. Que Mansfield había muerto después de batirse en duelo con un hombre al que había engañado. Si Lady Mansfield no había sido consciente de su infidelidad, el escándalo que siguió la habría devastado.

No, no podía considerarla. Acababa de salir del luto, y dada la forma en que había muerto su marido, dudaba que estuviera

buscando otro esposo. Y estando bajo la protección de su hermano, el Duque de Clarington, no necesitaría volver a casarse tan pronto. Si es que alguna vez lo hacía.

Antes de que pudiera considerar por qué ese pensamiento lo dejaba inquieto, ella se unió a su grupo. Era como si hubiera conjurado su presencia con solo pensar en ella.

Lady Hargrove la envolvió en un abrazo. Era una bienvenida efusiva para un evento tan formal, y él esperaba que la viuda se apartara. En cambio, ella lo devolvió con igual entusiasmo.

Interesante.

Hargrove hizo una reverencia a modo de saludo, y cuando Lady Mansfield se volvió hacia él, Holbrook hizo lo mismo.

Eleanor entrelazó su brazo con el de Lady Mansfield, y la pareja se alejó un poco, con las cabezas inclinadas mientras charlaban sobre algo. Holbrook se preguntó de qué estarían hablando que no podía decirse en su presencia, pero la música y el suave murmullo de la conversación que los rodeaba era suficiente para mantener sus susurros en privado.

Holbrook fue incapaz de evitar que su mirada recorriera la figura de la viuda. Su vestido era de un azul profundo y rico. Junto con su cabello oscuro, hacía que su piel pareciera casi translúcida. No sería un hombre si no apreciara también la manera en que su escote bajo dejaba gran parte de esa piel a la vista.

Hargrove se aclaró la garganta entonces, atrayendo su atención. El brillo en sus ojos le dijo a Holbrook que su amigo había notado hacia dónde se había desviado su atención.

Hargrove arqueó una ceja.

—¿Crees que estaría interesada en volver a casarse?

Era inquietante la forma en que el hombre había leído sus pensamientos.

—Lo dudo.

—Es viuda —dijo Hargrove, con una expresión cuidadosamente neutral—. Tal vez estaría interesada en otro tipo de arreglo.

Holbrook resistió el impulso de aflojarse la corbata para aflojar la tela que ahora amenazaba con estrangularlo.

—Incluso si estuviera dispuesta, no creo que sea prudente. Tiene una relación amistosa con toda la gente que conozco. Podría ser incómodo después.

—Y, por supuesto, también está su hermano.

Sí, el Duque de Clarington podría hacer de la vida de Holbrook un infierno por atreverse siquiera a pensar en tener un romance con su hermana. La forma en que el hombre había rondado cerca de ella durante la cena de anoche, esforzándose por incluirla en sus conversaciones con los diversos invitados, dejaba claro que era muy protector con ella. Y después de la cena, cuando se reunieron de nuevo con las mujeres en el salón, Lady Mansfield no se había apartado del lado de la duquesa.

Su mirada volvió a Eleanor y la baronesa viuda. Sus cabezas oscuras estaban inclinadas muy juntas, dando la impresión de que estaban en su propio mundo. Ambas mujeres eran hermosas, pero era Lady Mansfield quien captaba su atención.

No podía negar el hecho de que le intrigaba. Si fuera cualquier otra persona, podría haber aceptado la sugerencia de Hargrove y perseguido a la mujer. Pero estaba demasiado inmersa en su círculo. Si las cosas terminaban mal entre ellos...

No, incluso si todo saliera bien, no podía arriesgarse al disgusto de Clarington. Si el duque se enterara, probablemente creería que Holbrook se estaba aprovechando de su hermana.

Como si sintiera su escrutinio, Lady Mansfield se encontró con su mirada. Le sonrió antes de volver su atención a Eleanor.

No se dio cuenta de que había devuelto la sonrisa hasta que Hargrove lo golpeó con el hombro.

—Cuidado, viejo amigo. Creo que estás empezando a babear. No querrás que el duque lo vea.

Holbrook negó con la cabeza.

—Nunca me perdonarás por haberte dado tantos problemas el año pasado con Eleanor, ¿verdad?

—Al contrario —dijo Hargrove—. Si no me hubieras hecho entrar en razón, podría haberla perdido.

—Lo dudo. Solo desearía haber estado en Hyde Park para verte hacer tu declaración pública de amor. Fue todo de lo que se habló

durante semanas.

Hargrove sonrió y levantó un hombro en un gesto de indiferencia.

—Valió la pena la vergüenza momentánea.

Maldición. Parecía que el amor había vuelto a su amigo inmune a las burlas.

CAPÍTULO TRES

A LUCY le resultaba difícil concentrarse en lo que Eleanor decía cuando toda su atención estaba puesta en el vizconde Holbrook. Al menos su nueva amiga era lo suficientemente sensata como para no llevársela lejos de los hombres solo para criticar lo que todos llevaban puesto. Era un tema de conversación que Lucy sabía estaría en boca de muchos en ese preciso momento.

Pero ella nunca había disfrutado el acto de menospreciar a otras mujeres solo para sentirse mejor, aunque sabía que muchos de los invitados de esta noche habían encontrado placer en chismorrear sobre las infidelidades de su marido. Por lo que sabía, podrían estar hablando de ella ahora mismo. *Ahí está. No puedo creer que tenga la osadía de mostrar su cara. ¿Oíste sobre cómo murió su marido?*

Lucy apartó esos pensamientos y se concentró en lo que Eleanor decía sobre un nuevo autor que había descubierto recientemente. Cuando la condesa de Hargrove se enteró de que a Lucy le gustaba leer novelas, se hicieron amigas al instante.

Los acordes de un vals comenzaron a sonar. Como si lo hubieran coreografiado, Eleanor se giró a su derecha justo cuando su marido llegaba a su lado. Él le ofreció su brazo y Eleanor lo tomó con una sonrisa embelesada.

—Espero que no te importe que te abandone por unos minutos —dijo Eleanor.

Lucy se negó a reconocer la punzada de anhelo que sintió al presenciar la forma íntima en que Hargrove miraba a su esposa. Tendría que desarrollar una piel más gruesa ahora que estaba rodeada de parejas felizmente casadas. —Por supuesto que no —murmuró, tratando de infundir toda la calidez posible en su sonrisa.

No se había dado cuenta de que Holbrook estaba parado a un lado hasta que habló.

—Espero que no hayas prometido este baile a otro.

Sus palabras eran educadas, pero ambos sabían que no lo había hecho. Como viuda, no necesitaba llevar una tarjeta de baile. Los hombres no se agolpaban a su alrededor para bailar. No en público, al menos. No, lo que querían de ella era lo que todos los hombres parecían querer de las viudas. Un revolcón rápido. Las viudas que no habían podido dar hijos a sus maridos no eran buscadas como candidatas para el matrimonio, pero eran muy deseables para los hombres que querían acostarse con una mujer sin tener que preocuparse por engendrar un bastardo.

La advertencia de su hermano sobre ese hecho el mes pasado, cuando ella le dijo que estaba lista para volver a asistir a eventos sociales, la había sorprendido. Pero se alegraba de que le hubiera dicho qué esperar. Explicaba por qué tantos hombres la miraban. Se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de recibir su primera proposición.

Su primera proposición *real*, de todos modos. La vergüenza de Holbrook la noche anterior cuando se dio cuenta de cómo pudo haber interpretado su declaración inacabada la había divertido.

Su sonrisa era genuina cuando tomó su brazo y le permitió llevarla al centro del salón de baile. Era tonto, pero en ese momento casi se sintió como la joven inocente que una vez fue, emocionada de que un hombre apuesto le hubiera pedido bailar. Pero no podía negar que su pareja estaba atrayendo no poca atención de otras mujeres.

Él mantuvo una distancia circunspecta entre ellos cuando ella se movió a sus brazos. Por un lado, significaba que no era como todos los otros hombres que merodeaban por la sala, esperando su oportunidad para acercarse a ella. Casi podía sentir sus ojos sobre

ella en ese momento. Pero aquí, entre todas las otras parejas que solo estaban concentradas en su pareja de baile, podía respirar un poco más tranquila. Nadie se le acercaría en los próximos minutos.

Aun así, no podía negar que sentía una punzada de tristeza ante el hecho de que Holbrook nunca la vería como la joven esperanzada, llena de alegría, que una vez fue.

Holbrook más que compensó su melancolía temporal con su talento para bailar. Parecía disfrutar mucho llevándola por toda la pista de baile. Cuando la hizo girar lejos de él y luego de vuelta a sus brazos, ella no pudo contener su risa.

—Usted es muy bueno en el vals, milord.

Su sonrisa era amplia. —No es frecuente que encuentre una pareja de baile que pueda seguirme el ritmo.

Ella escudriñó su expresión, buscando cualquier indicio de doble sentido. El hecho de que sus palabras parecieran sinceras hizo que una parte contraria de ella quisiera provocarlo.

Bajó la voz y se acercó una fracción minúscula. —Me alegra oír eso. No es frecuente que encuentre un *compañero* que me desafíe.

Lucy quiso reír cuando sus ojos se abrieron de par en par y luego se entrecerraron. Estaba tratando de decidir si había interpretado demasiado sus palabras. Ella estaba disfrutando de su confusión. Y si era completamente honesta, se encontraba deseando conocer mejor al vizconde.

En lugar de responder, él la llevó de nuevo por la pista de baile. Sus movimientos eran seguros, y ella sospechaba que una pareja menos experimentada habría chocado con al menos otra pareja. Pero de alguna manera Holbrook logró la hazaña aunque pasó la mayor parte del tiempo mirándola.

Cuando la música finalmente llegó a su fin, ella estaba demasiado cerca de él. Su mirada penetraba directamente en su alma, y ella era muy consciente de la forma en que su respiración salía en pequeños jadeos.

Se quedaron así durante lo que pareció una eternidad. Seguramente mucho más tiempo del apropiado. Sin embargo, el hechizo se rompió cuando alguien le dio una palmada en el hombro a Holbrook.

Apenas era consciente del hombre que los había interrumpido. Le pidió el siguiente baile, afortunadamente no un vals. Ella aceptó con un pequeño asentimiento y le permitió llevarla a unirse a uno de los grupos que se estaban formando.

Se volvió una vez, algún instinto le dijo exactamente dónde mirar. Holbrook se había movido hacia un lado de la sala y estaba apoyado casualmente contra la pared. Dos jóvenes pasaron frente a él, disminuyendo la velocidad al pasar, esperando que las notara y le pidiera a una de ellas bailar. Pero su mirada permaneció fija en ella.

Cuando Lucy se volvió hacia su pareja, le costó mucho esfuerzo contener su sonrisa.

Más tarde, cuando ese baile terminó, no podía recordar con quién había bailado, ni le importaba. Un plan, un plan loco e insensato, comenzaba a tomar forma.

CAPÍTULO CUATRO

SU INFELIZ MATRIMONIO le había enseñado a Lucy una valiosa lección. Nunca más se precipitaría en una relación romántica. Después de que su hermano y su mejor amiga se enamoraran y se casaran, ella había estado convencida de que Mansfield sería su propio final feliz.

No podría haber estado más equivocada. Pero el hecho de que no estuviera buscando el amor no significaba que no pudiera explorar otra relación física con un hombre.

La anticipación llenaba todo su ser mientras consideraba explorar tales intimidades con Holbrook. Era más que impulsivo. Acababa de escapar de un matrimonio sin amor que la había convencido de que era físicamente incapaz de experimentar placer con un hombre. Nunca lo había experimentado con su marido, ni siquiera durante esos primeros meses de matrimonio cuando aún lo amaba.

Ahora era viuda y libre de hacer lo que quisiera. Podía tomar un amante. Pero no estaba segura de que fuera prudente considerar al primer hombre por el que ahora sentía atracción. Había hecho eso a los dieciocho años, cuando recién debutaba en sociedad. No cometería ese error por segunda vez.

Así que evitó a Holbrook durante el resto del baile. Antes de poder avanzar con sus planes, necesitaba descubrir si podía experimentar una atracción similar hacia otro hombre. Sería más

fácil, después de todo, mantener un romance discreto con alguien que no fuera un conocido cercano de su hermano.

Durante las siguientes horas, habló con los hombres que buscaban su compañía y bailó con aquellos que se lo pedían. Sin embargo, tuvo cuidado de no quedarse a solas con ellos.

A pesar de su determinación de mantener una mente abierta, no sintió chispa de atracción por ninguno de esos hombres. Y por alguna razón, aún podía sentir la mirada de Holbrook sobre ella. Tenía cuidado de no ser sorprendida mirando fijamente al hombre, pero un vistazo discreto aquí y allá le decía que no estaba imaginando cosas. Incluso cuando bailaba con otras mujeres, Holbrook seguía mirando en su dirección.

Y cada vez que sus ojos se encontraban, una oleada de anticipación la recorría.

Pasaron varias horas de esa manera, y los pies de Lucy comenzaban a dolerle por el ejercicio inusual. La última vez que había bailado tanto en una noche había sido una joven de dieciocho años, recién presentada en sociedad. A los treinta y uno, difícilmente se la consideraría vieja, pero parecía que su resistencia finalmente había alcanzado sus límites.

Se reunió con Charlotte y su hermano, que también regresaban de su baile más reciente. No pasó por alto la mirada significativa que su amiga le lanzó a su marido antes de volverse hacia Lucy y enlazar sus brazos.

—Vamos a beber algo —dijo Charlotte.

Lucy debería haberse dado cuenta de que su amiga tenía un motivo ulterior, pero estaba tan distraída con sus propias reflexiones que no notó cuando Charlotte pasó de largo las mesas de refrescos.

Estaban en el pasillo antes de que Lucy se diera cuenta de que habían dejado el salón de baile. Asumiendo que Charlotte necesitaba el tocador, giró a la izquierda, pero su amiga la arrastró en la dirección opuesta.

Pasaron junto a varios lacayos en el camino, pero Charlotte siguió caminando. Cuando llegaron a la biblioteca, las condujo al interior de la habitación.

Perpleja, Lucy esperó a que su amiga cerrara la puerta antes de hablar.

—¿Qué pudo haber pasado para que dejaras el baile solo para hablar conmigo? Estoy segura de que sea lo que sea, podría haber esperado hasta mañana.

Charlotte se puso las manos en las caderas y la examinó durante varios segundos antes de hablar.

—¿Está pasando algo entre tú y Lord Holbrook?

Lucy se quedó paralizada ante la pregunta y luego dejó escapar un suave suspiro. Había querido discutir este mismo tema con su amiga mañana. Pero Charlotte la conocía bien, así que era inevitable que hubiera notado el interés de Lucy por el hombre.

—¿Soy tan obvia? —Lucy se dejó caer en el sofá que estaba metido en un rincón de la habitación.

Varios de esos arreglos de asientos estaban dispersos por la gran biblioteca entre las numerosas estanterías, lo que la convertía en uno de los lugares favoritos de Lucy en la casa de su hermano. Parecía que también sería la habitación donde Lucy iba a confesar sus escandalosos planes.

Charlotte sonrió y se sentó a su lado.

—Solo para mí. Ustedes dos se llevaron bien anoche. Luego estuvo ese vals. —Se abanicó de manera exagerada.

Lucy frunció el ceño.

—Solo fue un vals.

Charlotte hizo un suave sonido de desaprobación.

—Después del cual ustedes dos han estado lanzándose miradas furtivas toda la noche.

Lucy gimió.

—Creí que estaba siendo sutil.

—Lo eras. Pero a él no le agradó el hecho de que hayas bailado al menos una vez con cada hombre elegible aquí.

Lucy sintió una pequeña emoción ante la confirmación de su amiga de que no se estaba imaginando las cosas. Se había preocupado a medias de que solo estuviera viendo lo que quería ver.

—¿Qué tan bien lo conoces?

—Nos hemos encontrado algunas veces y me cae bien, pero Alex lo ve a menudo. Y sabes que no lo habría invitado a cenar anoche si no tuviera una buena opinión de él.

No pudo contener una pequeña sonrisa ante el intento de Charlotte de parecer indiferente.

—Estás haciendo de casamentera.

Charlotte tomó una de sus manos y le dio un rápido apretón.

—Por favor, no te enojes. Alex y yo solo estamos juntos gracias a tu ayuda. Yo también quiero verte feliz.

Lucy suspiró.

—Después de mi matrimonio, no estoy segura de que eso sea posible.

Odiaba la mirada triste en el rostro de Charlotte.

—No todos los hombres son como Mansfield —dijo Charlotte—. Los amigos de Alex, los otros hombres que estuvieron aquí anoche... Todos están felizmente casados. Y son fieles a sus esposas.

A Lucy le resultaba difícil contener su incomodidad con este tema. No era como si Charlotte no hubiera estado al tanto de las infidelidades del marido de Lucy, pero nunca habían hablado de ello abiertamente.

Lucy no quería detenerse en el pasado.

—No tengo planes de casarme de nuevo. Pero... —Tuvo que tomar otro respiro profundo antes de poder continuar. Era imposible creer que realmente estuviera considerando esto—. Pero no hay razón por la que no pueda tomar un amante.

La boca de Charlotte se abrió de golpe. Su expresión de shock era tan cómica que Lucy se habría reído si su propio corazón no estuviera acelerado.

—¿Holbrook? —La voz de Charlotte apenas superaba un susurro.

Lucy asintió.

—Ya no hay nadie que me detenga ahora.

Ambas sabían que ella podría haber tenido una aventura durante su matrimonio. Dios sabía que su marido la había dejado sola durante largos períodos. Lucy incluso lo había considerado en varias ocasiones. Pero aunque hubiera sido tentada —y nunca había conocido a un hombre antes que la hubiera hecho considerarlo— ella

había tomado en serio sus votos matrimoniales. Incluso después de que llegó a despreciar al hombre con quien se había casado, jamás rompería su sagrada promesa de serle fiel.

Lucy casi podía ver los engranajes girando en la mente de su amiga. Fue un gran alivio que Charlotte no se hubiera apresurado a disuadirla de su plan. Aun así, necesitaba la tranquilidad de su amiga, así que preguntó:

—¿Crees que lo consideraría?

La sonrisa de Charlotte fue instantánea.

—Oh, definitivamente estará interesado. Pero está por verse si está dispuesto a arriesgarse a la ira del Duque de Clarington.

El alivio inundó a Lucy.

—Tendré que ver qué puedo hacer para tentarlo.

Ambas se pusieron de pie, y Charlotte la atrajo hacia un abrazo.

—Por favor, déjame ayudarte.

Y con eso, el plan se puso en marcha.

CAPÍTULO CINCO

DESPUÉS DE BAILAR el vals con Lady Mansfield, Holbrook intentó centrar su atención en la tarea de encontrar una esposa. La empresa no sería fácil, pero no tendría éxito si se permitía distraerse de su misión.

Y después de su baile, era obvio que ella tenía el potencial de ser una distracción muy grande.

Esa realidad se hizo abundantemente clara cuando se encontró observándola mientras revoloteaba de un compañero de baile a otro. Y cada vez que otro hombre le sonreía siquiera, se irritaba cada vez más.

Al principio, atribuyó la emoción a la molestia con su hermano. Todos sabían exactamente por qué esos hombres se esforzaban por bailar con una viuda que acababa de reincorporarse a la sociedad. Entonces, ¿por qué lo permitía Clarington?

Pero a medida que pasaban las horas, llegó a la incómoda conclusión de que Lady Mansfield era la única mujer en la sala que había captado su interés romántico.

Era condenadamente inconveniente.

Observó cómo su más reciente compañero de baile le hacía una reverencia. Antes de que alguien más pudiera reclamar su atención, ella se reunió con el duque y la duquesa. Sintió cierto alivio al saber que estaría en buenas manos con su hermano.

Se obligó a darse la vuelta y hacer otro recorrido por la sala, saludando con la cabeza a los conocidos mientras pasaba. Ya había hablado con todos los que merecían más de unos minutos de su tiempo.

Cuando se acercó a la salida que conducía a las otras salas abiertas de este lado de la gran casa de la ciudad, consideró escapar a la sala de juegos. Sería más fácil para sus nervios cada vez más agitados si no tuviera que ver a los tiburones que rondaban a la hermana del duque, buscando una oportunidad para acercarse a ella de nuevo.

Los acordes de otro vals comenzaron a sonar, y maldijo entre dientes. Necesitaba asegurarse de que ella no se viera obligada a bailar con alguien completamente inapropiado, y no estaba seguro de poder confiar en que Clarington garantizara que eso no sucediera. Imaginó que varios hombres ya se habían lanzado a la acción, esperando aprovechar la oportunidad que el baile les brindaría para tenerla en sus brazos.

Escudriñó las parejas que se dirigían a la pista de baile del salón, buscando asegurarse un lugar privado para ellos. Los hombres hacían reverencias, las mujeres hacían reverencias, y luego se movían a los brazos del otro.

Era consciente de que estaba apretando la mandíbula, pero no podía obligarse a relajarse, especialmente cuando no podía encontrarla. Vio al duque hablando con un grupo de hombres mayores que Holbrook sabía que estaban tratando de obtener el apoyo de Clarington para un proyecto de ley que estaba a punto de ser introducido en el Parlamento.

¿Dónde estaba la duquesa? Tal vez Lady Mansfield estaba con su cuñada. Si no, alguien podría haberla llevado ya a través de una de las puertas abiertas del jardín.

Supuso que era posible que ya se hubiera retirado por la noche. Sabía que se quedaba con su hermano cuando estaba en la ciudad, así que podría haber subido.

Maldita sea, no debería haberle quitado los ojos de encima. Se volvió hacia las puertas del jardín, decidido a buscar en los terrenos en caso de que Lady Mansfield necesitara ayuda.

—Lord Holbrook.

Quería maldecir, pero cuando se dio la vuelta y vio que era la duquesa quien había buscado su atención, sintió cierto alivio. Miró más allá de ella, esperando encontrar a Lady Mansfield con su amiga. Pero la duquesa estaba sola.

—¿Está buscando a alguien, milord?

La Duquesa de Clarington era una figura imponente. Su cabello rojo estaba elaboradamente peinado, con diamantes brillando por toda la masa. Llevaba esmeraldas en la garganta y las orejas y un vestido verde oscuro que acentuaba su colorido.

Era bastante alta para ser mujer, y esa altura debería haberla hecho parecer distante. Pero a pesar de su elevada estatura y estatus en la sociedad, la mujer era accesible. A diferencia de otras duquesas, que se consideraban superiores a los de menor estatus, la esposa de Clarington era universalmente apreciada.

Había un brillo en sus ojos, y se dio cuenta de que de alguna manera la duquesa era consciente de su interés por su amiga. No tenía sentido ocultarlo. Además, cada segundo que se demoraba aquí podría significar que alguien estaba aprovechándose de la hermosa viuda.

—¿Ha visto a Lady Mansfield? Pensé que estaba con usted.

Sus ojos se entrecerraron mientras lo examinaba. —Mi cuñada se ha retirado por la noche.

El alivio lo invadió. Gracias a Dios.

La duquesa bajó la voz. —Pídale bailar, milord. Deseo hablar con usted.

El vals ya estaba en marcha, pero nada les impedía unirse a las otras parejas, algo que habría sido imposible si el baile hubiera sido una cuadrilla.

Hizo una profunda reverencia. —Su Gracia, ¿me haría el honor de bailar conmigo?

Sus ojos brillaban mientras hacía una reverencia antes de tomar su brazo. No perdió tiempo en llegar directamente a la razón por la que quería hablar con él. —¿Cuáles son sus intenciones con respecto a mi cuñada?

Esa era la cuestión, ¿no? No sabía cuáles eran sus intenciones. Solo sabía que Lady Mansfield le agradaba mucho. Que quería conocerla mejor y tenía un deseo irracional de desafiar a cada hombre que había bailado con ella esa noche.

Decidió devolverle la pregunta. —¿He sido inapropiado en mis atenciones?

Ella dejó escapar un suave suspiro, y a menos que se equivocara, creyó detectar un indicio de decepción. Quizás su invitación a cenar la noche anterior había sido un intento de hacer de casamentera después de todo.

—¿Entonces no siente ninguna atracción romántica por Lady Mansfield?

Cielos, esta mujer era directa. Le respondería con la misma honestidad. —Estaría mintiendo si dijera que no la encuentro intrigante. Pero dada la atención que ha recibido esta noche, no creo ser el único con ese sentimiento. —Había intentado mantener un tono de voz uniforme, esperando no traicionar su anterior molestia.

La forma en que los labios de la duquesa se curvaron con satisfacción le indicó que no había tenido éxito. —No me sorprende. Tiene mucho que la recomienda.

—Lady Mansfield es hermosa, nadie aquí lo negaría. Pero también es la hermana del duque, y yo nunca me atrevería...

—Deberías.

Casi titubeó. En su lugar, convirtió el casi tropiezo en un giro exagerado, conduciéndolos entre algunas de las parejas más acartonadas que apenas se movían.

Las cejas de la duquesa se elevaron una fracción. —Eres un muy buen bailarín, milord. Eso augura bien para otras actividades.

¿Qué estaba pasando aquí? Seguramente la duquesa no estaba tratando de alentar su interés inapropiado por su cuñada. —Sinceramente espero que no esté a punto de hacerme una proposición.

La duquesa se rió. —Por Dios, no. Creo que ambos sabemos que no era eso a lo que me refería.

—Casi me da miedo continuar esta conversación.

La duquesa lo examinó durante varios largos momentos que lo hicieron preguntarse cuánto iba a durar este vals.

Finalmente, justo cuando había comenzado a pensar que iba a dejar el asunto, ella volvió a hablar. —Dime, milord, ¿hay alguien en quien hayas puesto tus ojos esta temporada?

Mejor ser honesto. Parecía que la duquesa estaba decidida a satisfacer su curiosidad. —Antes de esta noche, habría dicho que no. Pero ahora... —Comenzó a moverse hacia el borde de la pista de baile del salón, que estaba menos concurrida—. Pero ahora podría haber alguien.

—¿Lucy? ¿Quiero decir, Lady Mansfield?

No habría forma de negarlo después de esta noche si decidía cortejarla. —Quizás.

—Excelente. Voy a ayudarte. —Su satisfacción era evidente.

Quería gemir. Por un instante se preguntó si realmente estaba listo para esto. Una cosa era considerar buscar esposa y otra muy distinta comprometerse con la tarea.

Pero entonces recordó a todos esos otros hombres que habían rondado alrededor de Lady Mansfield toda la noche y se dio cuenta de que realmente no importaba si estaba listo o no. El tiempo era un lujo que no tenía. Lo único que sabía con una certeza profunda era que no podía soportar la idea de Lady Mansfield con uno de esos otros hombres.

—No sabía que estuviera buscando casarse de nuevo tan pronto.

La duquesa suspiró. —Ella insiste en que no está lista para considerar esa posibilidad.

Sintió una punzada de desaliento que lo sorprendió. —Entonces no tiene sentido continuar esta conversación.

¿Realmente estaba decepcionado de que no pudiera cortejar a la hermana del duque? Hacía unas horas, le había dicho a Hargrove que cualquier tipo de relación entre ellos sería complicada, ya que podría llevarlo a ser excluido de futuras invitaciones que pudieran incluir a los Clarington. E incluso si no fuera prohibido, bien podría hacer que las situaciones sociales fueran más que un poco incómodas. Pero ahora descubría que no solo quería conocer mejor a Lady Mansfield. Realmente *quería* cortejarla.

—Me gustaría tener la oportunidad de conocer a la baronesa. Pero no forzaré mis atenciones sobre ella si no está buscando casarse de nuevo. —Simplemente tendría que dedicar su tiempo a mantener alejados a los tiburones de ella.

La duquesa le sonrió radiante. —Tendrás que tentarla para que cambie de opinión.

Siempre le había agradado esta mujer, pero ahora se estaba convirtiendo rápidamente en una de sus personas favoritas. —¿Qué tenía en mente?

—Conozco a Lucy toda mi vida, y puede ser un poco obstinada una vez que se ha decidido por un curso de acción. Pero tengo razones para creer que no le importaría recibir tu atención.

La duquesa y Lady Mansfield debían haber hablado sobre él. Su Gracia estaba felizmente casada, y los Clarington eran considerados ampliamente como una de las pocas parejas que demostraban que el amor en el matrimonio podía ser más que un cuento de hadas. Seguramente la duquesa no lo estaría alentando de esta manera, en contra del deseo declarado de su amiga de permanecer soltera, si no supiera que Lady Mansfield también sentía la atracción latente que se estaba gestando entre ellos.

No había pensado que fuera unilateral, pero era gratificante tener confirmadas sus sospechas.

De alguna manera se contuvo de reír en voz alta cuando pensó en todos los otros hombres que se pavoneaban, esperando ganar su favor aunque fuera solo por una noche.

La duquesa había dejado claro que estaba dispuesta a ayudarlo, y él no era demasiado orgulloso para aceptar su asistencia. —¿Cómo sugiere que proceda?

—Hablé con Lady Mansfield antes de que se retirara por la noche. Me informó que está dispuesta a recibir tu visita mañana.

Estaba tan concentrado en su conversación que casi no vio a la pareja que se dirigía hacia ellos. Un joven y una mujer casi dolorosamente joven que estaban tan ocupados el uno con el otro que no prestaban atención a las otras parejas que se movían a su alrededor.

Holbrook giró a la duquesa hacia la izquierda, y la pareja distraída pasó junto a ellos con solo centímetros de margen. Desafortunadamente, otra pareja no tuvo tanta suerte, y se escuchó un resoplido de indignación y disculpas murmuradas apresuradamente antes de que la joven pareja se alejara a un ritmo más moderado.

La duquesa se rió. —Eso estuvo cerca. ¿Quién hubiera pensado que un vals podría ser tan peligroso?

Él logró sonreír en respuesta, pero sus pensamientos ya estaban ocupados con el siguiente obstáculo en su camino. —¿Debería hablar con el duque esta noche y hacerle saber que estoy interesado en cortejar a su hermana?

La duquesa negó con la cabeza. —Por Dios, no. Por ahora sería mejor si no informamos a mi querido esposo sobre este asunto. —Él estaba a punto de protestar, pero ella continuó—. Confía en mí. Visítala mañana por la tarde y habla primero con Lucy. Hay asuntos que ustedes dos necesitan discutir antes de que mi esposo pueda ser informado de su cortejo.

Tendría que confiar en su palabra sobre el asunto, pero mantener al duque en la oscuridad no le sentaba bien. Hacía que Holbrook sintiera como si su interés en Lady Mansfield no fuera honorable. —¿El duque no se preguntará por qué estoy de visita?

Ella negó con la cabeza.

—Tiene varias citas mañana por la tarde. No te preocupes, tengo fe en que todo saldrá como debe ser.

CAPÍTULO SEIS

CUANDO LUCY ABRIÓ LOS OJOS, su primer pensamiento fue del vals que había bailado con Lord Holbrook la noche anterior. A pesar de haber bailado con muchos hombres después, los detalles de ese vals con el vizconde eran el único recuerdo que había capturado su imaginación.

La forma en que él se veía, alto y apuesto, sus ojos llenos de calidez amistosa. Y cuando cerraba los ojos y se sumergía en ese momento, casi podía sentir el peso de su mano en su cintura, su otra mano sosteniendo ligeramente la suya, guiándola con suprema facilidad y confianza por la pista de baile.

Su brazo, donde ella lo había agarrado, había sido sorprendentemente firme. Su esposo había sido delgado y se había enorgullecido mucho de su apariencia, pero había una diferencia muy importante entre los dos hombres. Holbrook tenía músculos que Mansfield no poseía.

Se preguntó cómo se sentiría su pecho...

Sus ojos se abrieron de golpe y se sentó en la cama. ¿Qué estaba haciendo? Anoche le había dicho a Charlotte que estaba considerando tener una aventura con Lord Holbrook. Pero a la clara luz del día, alejada del romanticismo del baile de anoche, estaba empezando a tener dudas sobre ese plan.

No era valiente. Las cosas que habían parecido posibles cuando había sentido sus ojos siguiéndola toda la noche ahora parecían

imprudentes.

Cuando había dejado a Charlotte después de su conversación en la biblioteca, su amiga le había asegurado que invitaría a Holbrook a visitarlas hoy. Lo que significaba que Lucy tendría que enfrentarse al hombre muy pronto.

Tocó la campana para llamar a su doncella, y la joven se deslizó en su habitación minutos después. Su mente era un torbellino de indecisión mientras se vestía para el día. Mientras su doncella la ayudaba a ponerse un vestido de mañana amarillo pálido y le recogía el cabello, Lucy se obligó a intentar recordar a todos esos otros hombres con los que había bailado después de dejar a Holbrook. No había valsado con nadie más, así que no había tenido la oportunidad de entablar una conversación profunda con otro hombre. Pero incluso si lo hubiera hecho, estaba claro que esos hombres no estaban interesados en conversar con ella.

Principalmente habían hablado de sí mismos. Y no había habido sutileza en la forma en que soltaban promesas lascivas sobre su destreza en la cama cada vez que las figuras de los bailes los habían juntado. ¿Y realmente pensaban captar su interés alardeando sobre cuántas mujeres amarían ser el objeto de su atención?

Todos ellos le habían recordado a Mansfield. No podía evitar imaginar a su esposo soltando líneas similares a otras mujeres. Atrayéndolas a rincones oscuros o colándose en sus casas para un revolcón rápido. Hasta donde ella sabía, su esposo nunca había mantenido una amante, pero no se habría sorprendido de saber que lo había hecho.

Lucy sabía que aún faltaban horas para que Charlotte y Alex se levantaran. Mientras ella había podido retirarse justo antes de la medianoche, ellos habían tenido que quedarse hasta que el baile terminó muchas horas después. Hoy los sirvientes estarían ocupados poniendo la casa en orden nuevamente, limpiando y arreglando todas las habitaciones que habían estado abiertas a los invitados anoche. A Lucy no le gustaba añadir trabajo a su ya aumentada carga laboral esa mañana, así que optó por una simple bandeja de desayuno en su habitación.

A medida que pasaban las horas de la mañana, sus dudas iniciales al despertar comenzaron a cambiar hacia la anticipación. Pero eso no significaba que no estuviera cuestionando el loco plan que le había esbozado a Charlotte. Un momento estaba convencida de que tendría que hablar con el hombre sobre cómo no podría haber nada más que amistad entre ellos. Luego, unos minutos después, se había convencido de seguir su curso de acción original y proponerle tener una aventura.

Si le permitía tomar la iniciativa, ¿propondría él una relación discreta? Tal vez tendría que coquetear con él para lograr ese resultado. O quizás sería mejor si ella fuera quien planteara el tema.

Tienen muchos amigos y conocidos en común. Quizás él no quiera arriesgarse a perder esas amistades por un revolcón rápido contigo.

Frunció el ceño ante ese pensamiento intruso. A su esposo no le habría importado. De hecho, se había deleitado con el conocimiento de que el gran Duque de Clarington había sido impotente para evitar que su cuñado, que era un mero barón, hiciera lo que quisiera.

Pero Mansfield se había equivocado al pensar que Alex lo había dejado en paz porque no le importaba el comportamiento de Mansfield. Alex habría movido cielo y tierra para asegurar la felicidad de su hermana. Incluso había llegado tan lejos como para arriesgarse a la censura de la sociedad cuando le había dicho a Lucy que quería que se divorciara del hombre.

No, Alex había hecho la vista gorda ante las indiscreciones no tan secretas de Mansfield porque Lucy se lo había pedido. Ella no había hablado con su hermano por el deseo de proteger a su esposo, sino porque ya no le importaba lo que él hiciera. Hacia el final de su matrimonio, habían vivido separados y Lucy había disfrutado de la medida de libertad que tenía al no ver nunca a su esposo.

Y ahora que estaba verdaderamente libre de su decepcionante matrimonio con un hombre que una vez pensó que amaba, nunca más arriesgaría su corazón.

Por eso deberías tener una aventura con Holbrook. Hazle saber que no estás buscando un felices para siempre. Aprovecha la

oportunidad para experimentar con el lado físico del amor. Averigua por ti misma si hay algo mal contigo.

No parecía poder decidirse sobre lo que quería hacer, y no podía encontrar nada con qué distraerse de su dilema. Todos los que conocía ya estaban en la ciudad, así que no había nadie a quien pudiera escribirle una carta. Normalmente Lucy pasaba la mayor parte de su tiempo con Charlotte cuando estaban juntas en la ciudad. Cuando Charlotte no estaba en algún lugar con su esposo, es decir, haciendo lo que fuera que hacían las parejas felizmente casadas de trece años. Lucy trataba de no pensar en lo que su amiga y su hermano hacían cuando estaban solos.

Parecía que Charlotte y Alex nunca iban a levantarse esa mañana. Había podido pasar media hora con sus sobrinas y sobrinos, pero luego fueron llevados por su institutriz para atender sus lecciones.

Sintiéndose nostálgica después de que sus voces bulliciosas desaparecieron en el aula, se dirigió a los jardines. Estaban empezando a cobrar vida ahora que había llegado la primavera. Charlotte la encontró varias horas después en el jardín de rosas. Solo uno de los arbustos estaba en flor, pero la vista de las flores rosa pálido hacía feliz a Lucy.

Charlotte se sentó en el banco del jardín junto a ella.

—Creo que esta es mi parte favorita de la casa —dijo Lucy—. Cuando era niña, nunca me di cuenta de lo lujoso que era tener una casa en Londres con un jardín tan grande.

La casa de Mansfield en Londres había estado bien equipada, pero él era uno de los tantos que no tenían un jardín privado.

Charlotte la rodeó con un brazo y le dio un rápido abrazo.

—¿Supongo que dormiste mejor que yo? Siento como si apenas me hubiera quedado dormida cuando fue hora de despertar de nuevo.

Lucy se llevó las manos a los oídos.

—¿Cuántas veces te he pedido que no compartas detalles sobre tus actividades en el dormitorio con mi hermano?

Charlotte se rio y Lucy bajó las manos, su propio humor mejorando.

—Eres terrible —dijo su cuñada—. No somos tan malos. ¡Y ciertamente no después de estar despiertos toda la noche!

Lucy guardó silencio mientras intentaba decidir cómo sacar el tema de Holbrook. Afortunadamente, Charlotte le ahorró el problema.

Su amiga se apoyó en ella, con los hombros tocándose.

—Lord Holbrook vendrá pronto. Por lo que vale, me agrada mucho.

Lucy sintió cierto alivio.

—Nunca te agradó Mansfield.

—Nunca me agradó para *ti*. Pero nadie tiene la culpa de lo que pasó. Él no tenía fama de ser un libertino.

—Debería haberlo conocido mejor. Alex también tenía reservas sobre él.

—Éramos jóvenes. Estaba emocionada de que hubieras encontrado a alguien y quería creer que ustedes dos podían tener la misma relación que Alex y yo. Así que dejé de lado mis dudas.

Lucy recordó la única conversación que habían tenido sobre el tema. Charlotte le había preguntado si estaba segura de querer casarse con Mansfield. Había algo en el tono de su amiga que Lucy sabía significaba que estaba preocupada por su compromiso. Pero Lucy había sido joven e ingenua y había hablado sin parar sobre todas las cosas buenas que él había hecho por ella y cómo había proclamado su amor con tanto fervor.

La verdad era que ella había *querido* creer que podía tener lo que Charlotte había encontrado con Alex. Y Mansfield se había aprovechado de su ingenuidad.

Lucy se giró para poder mirar a su amiga.

—¿No crees que estoy siendo demasiado precipitada ahora? Anoche estaba tan segura de lo que quería, pero ahora... estoy teniendo dudas.

—Creo que Holbrook es un buen hombre. Nadie sabe lo que depara el futuro, pero es normal tener miedo. Yo también lo tuve cuando se nos ocurrió ese loco plan para ver si podíamos hacer que Alex se enamorara de mí.

Lucy se rio, recordando la molestia de su hermano cuando ella y Mamá habían insistido en que las acompañara a Almack's. Y cuando su madre lo había instado a bailar con Charlotte, fue un milagro que no se hubiera escapado por una ventana.

—Estaba menos que complacido con nosotras, pero al final todo salió bien.

—Sí. Por lo que vale, apoyo tu decisión. Creo que conocer mejor a Holbrook será bueno para ti.

Lucy tomó una respiración profunda, preparándose para decepcionar a su amiga.

—No estoy buscando amor.

—No. —La sonrisa de Charlotte contenía más que un toque de tristeza—. Pero quizás lo encuentres de todos modos.

Lucy no discutió. No tenía sentido, después de todo. El amor no estaba en las cartas para ella, pero eso no significaba que no pudiera encontrar una medida de felicidad.

Un lacayo se acercó y se quedó a un lado. Sostenía una bandeja de plata sobre la cual descansaba un solo objeto: una tarjeta de visita blanca. Charlotte la tomó y juntas miraron el nombre.

Vizconde Holbrook.

—Gracias —dijo Charlotte—. Nos reuniremos con él en breve.

El lacayo hizo una reverencia y se giró para irse. Lucy esperó hasta que estuvo fuera de vista antes de ponerse de pie.

—¿Debería ir contigo a la sala de estar? ¿O tal vez debería ir sola? —Estaba llena de indecisión nuevamente.

Charlotte también se puso de pie y le tomó ambas manos.

—¿Qué sería más fácil? Puedo ir a verlo primero y tú puedes unirte a nosotros en unos minutos. O tal vez puedo decirle que se reúna contigo aquí en el jardín.

Lucy tomó unas cuantas respiraciones profundas y cerró los ojos por un momento, sopesando las opciones. Una imagen de Holbrook sonriéndole mientras bailaban el vals anoche llenó su mente. Luego una de él parado a un lado, con su molestia clara mientras la observaba bailar con otro hombre.

Y se dio cuenta de que la emoción que la recorría no era miedo ni ansiedad. Era emoción. No podía esperar para verlo de nuevo.

—Iré a verlo —dijo.

Charlotte sonrió y le dio un rápido abrazo. Sin decir una palabra más, Lucy se dirigió hacia la casa.

Estaba a punto de proponerle algo a un apuesto vizconde.

CAPÍTULO SIETE

CUANDO ENTRÓ en la sala de estar, Holbrook ya se estaba levantando de un sillón. Hizo una reverencia y la saludó con una sonrisa que le hizo latir su tonto corazón. Había una calidez en sus ojos que casi era suficiente para convencerla de que era la única mujer en el mundo en lugar de solo la única aquí ahora.

Le pidió al lacayo que trajera refrigerios antes de adentrarse más en la habitación. Su corazón ya latía aceleradamente cuando se sentó en el extremo del sofá más cercano a su asiento.

Juntó las manos en su regazo e intentó parecer compuesta. Era más difícil de lo que habría imaginado. —Me alegro de verle, mi lord. Espero que haya disfrutado del baile anoche.

—Disfruté el comienzo. Y nuestro vals, por supuesto. Pero me temo que mi disfrute se desplomó cuando tuve que verte bailar con cada hombre soltero en la sala.

Cielos, parecía que no tendría que preocuparse por cómo sacar discretamente el tema de tener una aventura. Pero fue un alivio saber que no había imaginado su interés en ella. Él *había* estado observándola. Una cosa era que Charlotte lo dijera, pero tenía más peso viniendo del propio Holbrook.

No pudo ocultar su diversión. —Me parece recordar que había un buen número de mujeres jóvenes allí. Y era imposible no notar cómo muchas de ellas se esforzaban por llamar tu atención.

Él se acomodó en el sillón, con los ojos fijos en ella. —¿Había otras mujeres allí?

Ella se rio. Era el tipo de halago ridículo que otros hombres usaban, pero por alguna razón no le molestaba viniendo de Holbrook.

Tomó una respiración profunda en un vano intento de calmar sus nervios. Hasta ese momento, no había estado segura de que iba a seguir adelante con el loco plan. Pero había algo en Holbrook que encendía cada una de sus terminaciones nerviosas. Era una sensación tan alejada de todo lo que había experimentado antes, y sentía una necesidad profunda de explorarla más a fondo.

—Gracias por venir hoy, mi lord.

Su cuerpo estaba relajado, pero ella podía notar por el ligero entrecerrar de sus ojos que el esfuerzo por mantener esa apariencia le costaba. ¿Por qué no le había pedido a Charlotte detalles sobre lo que le había dicho anoche?

—Me sorprendió recibir la invitación de la duquesa.

—¿Qué te dijo?

Hubo una breve vacilación antes de que él respondiera, como si estuviera considerando su respuesta. —Me preguntó sobre mis intenciones. También me dio a entender que estarías de acuerdo en permitirme cortejarte.

El hielo se asentó sobre ella junto con una buena dosis de miedo. ¿Cortejo? ¿Realmente estaba aquí para cortejarla? Eso era lo último que quería. Necesitaba corregir su error inmediatamente. —No estoy buscando otro marido.

—La duquesa...

Se detuvo cuando el lacayo regresó con la bandeja del té, y Lucy se alegró por el breve respiro. Esto era un desastre. Había sido muy clara con Charlotte en que no se casaría de nuevo, entonces ¿por qué Holbrook pensaría que eso era lo que ella quería?

El calor le subió a las mejillas, pero ignoró su vergüenza y le preguntó cómo tomaba el té antes de servirlo. Era ridículo que estuviera más avergonzada por la idea de que Holbrook pudiera pensar que estaba buscando otro marido que por su verdadera razón para querer verlo hoy.

Le entregó su taza, teniendo cuidado de que sus manos sin guantes no se tocaran, antes de servirse la suya. El lacayo ya se había ido, pero Holbrook esperó a que ella terminara de servirse su propio té antes de continuar.

—Tu cuñada sí dijo eso.

Cerró los ojos con alivio. Cuando los abrió de nuevo, él la estaba observando cuidadosamente. —Así que Charlotte no te invitó aquí para cortejarme. Gracias a Dios.

—Si no estás buscando un marido, mi lady, entonces ¿por qué estoy aquí?

Él iba a hacer que lo dijera. *Cualquier* otro hombre ya habría aprovechado la oportunidad de estar a solas con ella y le habría hecho una proposición. Pero parecía que estaba decidida a intentar tentar al único hombre que no quería tener una aventura con ella.

Se levantó y se dirigió a la puerta. Se le ocurrió que podría huir de la habitación, pero ya no había escapatoria ahora. Había puesto las cosas en marcha anoche cuando le dijo a Charlotte que quería tener una aventura con este hombre, y eso no había cambiado. Si no hacía esto ahora, podría no volver a reunir el valor.

Así que en lugar de huir, cerró la puerta y se volvió para enfrentarlo. Él se había levantado de su silla pero no había acortado la distancia entre ellos.

—Pensé que, tal vez, tú querrías... —Las palabras se le atascaron en la garganta y no pudo continuar. La vergüenza la invadió y pudo sentir que sus mejillas se calentaban.

Lentamente, él se acercó a ella, con la mirada fija en su rostro. Si tuviera una onza de autoconservación, se daría la vuelta y escaparía. Pero ella quería esto. Lo quería a *él*. Y por el calor en sus ojos, era obvio que ahora sabía por qué lo había invitado aquí.

—Parece que tenemos propósitos cruzados. Vine aquí buscando una esposa, pero a menos que me equivoque, tú estás buscando un amante.

Tenía la boca seca y tuvo que tragar antes de poder continuar. —No cualquier amante. Tú.

Una esquina de su boca se elevó, y ella sintió que una sonrisa correspondiente se extendía por su rostro. —Solo para ser claro, no

comparto.

El calor explotó a través de ella. —Yo tampoco. Nunca más. —Por eso nunca volvería a casarse. Una vez que se pronunciaran los votos matrimoniales, su capacidad de irse desaparecería.

—¿Así que lo único que quieres de mí es placer carnal?

Sí, eso era exactamente lo que quería. Pero se encontró diciendo: —No estoy segura de que usaría la palabra *placer*.

Él frunció el ceño. —¿Dudas de mi capacidad para llevarte a la culminación?

Podía sentir que sus mejillas se calentaban. Nunca había hablado en voz alta sobre el acto amoroso. Había participado en el acto con su marido, por supuesto, pero nunca habían discutido realmente el tema. Mansfield hacía lo que quería, y ella se quedaba allí y le permitía sus derechos maritales. Hasta que no le dio un hijo, claro está. Después de eso, él buscó su placer en otra parte.

Sin embargo, Charlotte era muy feliz en su matrimonio. Y por los breves comentarios que había dejado caer en sus conversaciones a lo largo de los años —a pesar de las protestas de Lucy de que no le gustaba escuchar sobre lo que Charlotte hacía con su hermano— estaba muy claro que Charlotte disfrutaba de sus relaciones íntimas.

Tuvo que apartar la mirada antes de confesar su secreto más profundo. Pero si esperaba una relación física con Holbrook, era justo que él supiera la verdad. —Creo que puede haber algo mal conmigo.

El silencio se extendió entre ellos, y ella quería hundirse en el suelo por la mortificación. Podía imaginar la expresión en el rostro de Holbrook. Estaría alarmado, quizás asqueado. Fuera cual fuese la emoción exacta, se daría cuenta de que estaba perdiendo el tiempo con ella. Sin duda pensaba que ella había empujado a su marido a los lechos de otras mujeres.

Esperaba que él pusiera una excusa y se marchara. En su lugar, unos dedos gentiles le tocaron la barbilla y le giraron el rostro hacia él.

El calor de sus dedos en su piel provocó que un profundo anhelo cobrara vida dentro de ella, pero mantuvo la mirada baja.

El suave roce de su pulgar sobre su labio inferior la sorprendió. Sus ojos se abrieron de par en par y lo miró fijamente. Él no se detuvo, con la mirada concentrada en donde la estaba tocando, pero cuando ella se estremeció, una esquina de su boca se elevó. Se estaba encariñando mucho con esa sonrisa torcida.

—No hay nada malo contigo. Sospecho que tu marido nunca se molestó en mostrarte lo que era posible entre un hombre y una mujer.

Quería creerle. Creer que su aversión al acto físico del amor era más una condena a Mansfield que un fallo suyo.

Ciertamente le gustaba la forma en que Holbrook la miraba ahora y cómo la estaba tocando. Era la más ligera de las caricias, pero su tacto provocaba una chispa de deseo que la sorprendió.

—Enséñame —la súplica se le escapó casi por voluntad propia, pero no se apartaría de él ahora. Parecía que era físicamente incapaz de negarle nada a este hombre.

Estaban de pie en las sombras, lejos de la luz que proyectaban las altas ventanas orientadas al norte. Su espalda bloqueaba la menguante luz de la tarde, y mientras la miraba desde arriba, sus ojos parecían casi negros. Solo era visible la más pequeña cantidad de azul.

Su mano permaneció en su barbilla, sosteniéndola ligeramente en su lugar mientras ella esperaba, sin aliento. Él bajó su rostro hacia el de ella, y Lucy se dio cuenta de que le estaba dando tiempo para cambiar de opinión. Pero Lucy no lo haría. Deseaba su beso con una desesperación que la sorprendió. Incluso cuando Mansfield la cortejaba y ella creía estar enamorada de él, nunca se había sentido así.

Alcanzó la muñeca de Holbrook para mantenerlo en su lugar, decidida a asegurarse de que no cambiara de opinión y se alejara.

El calor ardió en sus ojos, y pareció que su simple toque fue el incentivo que necesitaba para llevar su boca a la de ella.

Ella esperaba que él arrasara su boca. Siempre había sido así con su marido. Él tenía dos tipos de besos. El primero era un pequeño piquito, el roce más ligero de sus labios en el dorso de su mano o en su mejilla cuando estaba en presencia de amigos y familiares. Ese

era el acto público que representaba para mostrar al mundo que era un marido devoto.

Pero en la privacidad de su alcoba, caía sobre ella con besos de boca abierta que, afortunadamente, no duraban mucho antes de que él se pusiera manos a la obra de embestirla.

No habría nada de lo último ahora, por supuesto, pero Lucy se sorprendió al sentirse casi mareada de anticipación.

La boca de Holbrook tocó la suya con una ligereza que la frustró. Parecía que él pensaba que ella solo era merecedora del tipo de beso educado y que iba a apartarse ahora.

Pero entonces sus brazos la rodearon y la presionaron contra su cuerpo.

La repentina acción hizo que ella jadeara de sorpresa, lo que fue todo el aliento que Holbrook necesitó para besarla en serio.

Solo que no hundió su lengua en su boca. En su lugar, trazó su labio inferior antes de sumergirse dentro.

En lugar del asco que había sentido cuando Mansfield la besaba, el calor comenzó a desplegarse dentro de ella. Una desesperación por mantenerlo allí se apoderó de ella, sus bocas fusionadas en besos largos y lánguidos.

—Lucy.

Su nombre fue pronunciado con un gemido, y a ella le gustó mucho el sonido en sus labios.

No se dio cuenta de que había enterrado sus dedos en su cabello hasta que él levantó la cabeza para mirarla. Su respiración salía en cortos jadeos, haciendo eco de la suya propia.

Pasaron varios momentos largos, y ella casi podía ver la batalla que se libraba dentro de él. Se sintió decepcionada de que este breve interludio hubiera terminado demasiado pronto.

Apartó la mirada de la suya y bajó las manos a sus hombros. Pero no lo soltó. Parecía que su cuerpo traidor no estaba dispuesto a renunciar a la fantasía de que este hombre pudiera darle algo que su marido nunca le había dado. El placer carnal que le había prometido.

Se lamió los labios y mantuvo la mirada baja. —Gracias. Eso fue bastante agradable —estaba orgullosa de la forma en que había logrado mantener un tono uniforme.

Su carcajada la sorprendió, y levantó la mirada hacia él.

—¿Se necesita tan poco para hacerte feliz? ¿Para satisfacer tus deseos?

Sus mejillas ya estaban calientes por el beso, así que al menos no sufriría la indignidad de dejarle ver la forma en que sus palabras la avergonzaban.

Negándose a apartar la mirada, levantó un hombro en fingido desinterés. —Ha sido mi experiencia que lo que viene después ofrece muy poco placer para la mujer.

Sus cejas se juntaron, y ella se preguntó si había revelado demasiado. No importaba, no era ninguna inocente. Él sabía que ella había experimentado lo que venía después muchas veces. No había nada que él pudiera hacer o decir que la sorprendiera.

—Dime, Lucy, ¿eres aficionada a las apuestas?

Estaba demasiado cerca, su expresión demasiado intensa. Y ella era muy consciente de la forma en que su cuerpo seguía presionado contra el suyo. Su hombría empujaba contra su abdomen, una señal reveladora de que la deseaba.

Y por alguna razón insana, ella también lo deseaba. No sabía por qué. Lo que fuera que estuviera pasando entre ellos estaba condenado a terminar en decepción. Aun así, no podía negar que estaba intrigada por las posibilidades que este hombre presentaba.

—Eso dependería de la apuesta, por supuesto.

Él bajó la cabeza, y ella pensó que iba a besarla de nuevo. Un escalofrío de anticipación la recorrió. Le gustaban bastante sus besos.

En su lugar, su boca rozó su mejilla, deteniéndose cuando llegó a su oreja.

—¿Alguna vez tu marido te llevó a un placer tan inconsciente que gritabas de éxtasis mientras te retorcías en sus brazos?

Él estaba tratando de inquietarla. Tal cosa no era posible.

O al menos no era posible para ella. Aun así, sus palabras evocaron un anhelo insoportable de experimentar lo que había descrito.

Él la miraba de nuevo desde arriba, y ella no sabía qué decir. Pero parecía que las palabras no eran necesarias. —Eso pensé.

Tenía la garganta seca, pero no entendía la razón. —¿Qué... —tuvo que lamerse los labios de nuevo antes de poder continuar. No pasó por alto la forma en que su mirada se posó en ese pequeño movimiento—. ¿Cuál es tu apuesta?

—Dijiste que no estás interesada en volver a casarte.

—Un beso y una impresionante cantidad de confianza difícilmente cambiarán eso.

Su sonrisa se ensanchó. —¿Y si puedo hacerte cambiar de opinión?

¿Por qué todos los hombres creían ser la respuesta al deseo más profundo de toda mujer?

Reprimiendo la voz interior traidora que le decía que este podría tener razón, apretó los labios y se arqueó contra la erección que aún presionaba contra ella. El leve siseo de él le indicó que lo había sorprendido.

—Puedo ver que estás dispuesto a intentarlo.

—Eres una pequeña gatita tentadora, ¿lo sabías?

Una oleada de placer la recorrió. ¿La encontraba tentadora? Tenía que saber si estaba jugando con ella, de la misma manera que Mansfield había intentado jugar con sus emociones antes de pasar a otra amante.

—Estoy segura de que dices lo mismo a todas las mujeres. ¿Es suficiente para que te dejen hacer lo que quieras con ellas?

—No pretenderé ser inocente, pero tú tampoco lo eres. Puedo asegurarte que ninguna otra mujer me ha irritado ni la mitad que tú.

—¿Porque no estoy dispuesta a caer en tu cama con solo mover un dedo?

—Porque tu hermano va a matarme.

No pudo contener la risa. Era cierto que Alex estaba siendo particularmente protector en lo que respectaba a los hombres que la rondaban. Lo había visto fulminando con la mirada a la mayoría de sus compañeros de baile anoche, algo por lo que supuso que debería estar agradecida. Significaba que nadie había intentado arrastrarla a otra habitación durante el baile para probar suerte forzando una seducción.

—¿Cuál es tu apuesta, milord?

Entonces se echó hacia atrás, lo suficiente para dejar unos escasos centímetros entre sus cuerpos. Pero sus manos aún descansaban en los hombros de él, y las de él le rodeaban los codos.

—Si puedo llevarte al clímax, me permitirás cortejarte.

Su mente se quedó atascada en la segunda parte de su declaración. Negando con la cabeza, se apartó. Para su alivio, él la soltó inmediatamente.

—Ya te dije que no deseo volver a casarme.

Las manos de él colgaban sueltas a sus costados, pero ella podía ver las líneas de tensión en la forma en que se mantenía. Una parte de ella esperaba que él le gritara ahora. Es lo que su esposo habría hecho cuando no se salía con la suya.

—Solo te pido la oportunidad de cortejarte. La decisión de aceptarme o no recaerá únicamente en ti.

Su corazón latía acelerado, pero no porque tuviera miedo de Holbrook. Su esposo ya estaría gritándole a estas alturas si ella se hubiera atrevido a desafiarlo de esa manera. Estaría lanzándole insultos y menospreciándola.

El hecho de que Holbrook le estuviera dando el poder en este acuerdo la hizo detenerse.

Ya no era una joven a la que se obligaría a casarse por haber sido comprometida. Las viudas, incluso las mujeres casadas, tomaban amantes con una indiferencia alarmantemente casual, y a nadie parecía importarle.

Podría intentarlo. Podría permitir que este hombre atractivo e intrigante la cortejara. Pero solo ahora se daba cuenta de que no había escuchado la primera parte de su apuesta.

Se irguió en toda su estatura y juntó las manos en su cintura mientras lo enfrentaba. —Me temo que no escuché nada más allá de tu deseo de cortejarme. ¿Cuál era tu apuesta?

Él mantenía los brazos detrás de la espalda, y ella tuvo la inquietante revelación de que se estaba conteniendo para no alcanzarla de nuevo. A pesar de la tensión que aún era visible en su cuerpo, podía ver que ella lo divertía.

—Me permitirás cortejarte si puedo llevarte al clímax.

Sus cejas se fruncieron en confusión. —¿Me liberarás?

CAPÍTULO OCHO

¿CÓMO ERA posible que esta mujer no supiera lo que significaba esa palabra cuando se trataba de las relaciones entre un hombre y una mujer? Su marido era el peor tipo de canalla si nunca se había preocupado por el placer de su esposa. Quizás por eso había tenido tantas amantes. Nadie quería dormir con él más de una vez.

—Por supuesto, te liberaré si decides que no quieres tener nada que ver conmigo.

Ignoró la voz interna que le gritaba que le estaba mintiendo. Nunca la forzaría, pero eso no significaba que no estuviera dispuesto a seducirla. Especialmente porque ella había sido quien propuso una aventura amorosa.

También estaba la incómoda realización de que Lucy Mansfield bien podría ser la indicada para él. Aun así, no quería asustarla. Tendría que proceder con cautela.

Continuó con su explicación:

—Pero el término *liberar* tiene otro significado cuando se trata de relaciones íntimas entre dos personas.

Se preguntó si tendría que deletreárselo, pero el rubor que apareció en sus mejillas le indicó que lo había entendido.

—Pero una mujer no puede... *liberarse* con un hombre.

La repentina imagen de hundirse en Lucy y darle su semilla amenazó su compostura. Tal como estaba, apenas podía contener su necesidad de arrastrarla a sus brazos de nuevo. Ella había disfrutado

de su beso, y él sospechaba que no le importaría una repetición, pero estaba jugando a largo plazo y no podía precipitar las cosas. Si no tenía cuidado, perdería por completo esta oportunidad de hacerla suya.

—Placer, mi tentadora. La repentina liberación de sensaciones en tu cuerpo cuando has alcanzado las cumbres del éxtasis.

Sus ojos se agrandaron. Luego se lamió el labio inferior de nuevo, y él quiso gemir de frustración. La entrepierna de sus pantalones había estado incómodamente apretada desde que la besó.

Vio cómo trabajaba su garganta al tragar, y un miedo irracional lo apresó. Iba a cambiar de opinión y marcharse.

—Yo... no creo que eso sea posible. Nunca he encontrado placer en el acto de... No creo que sea capaz —soltó un bufido avergonzado.

—No creo que eso sea cierto. Puede que no hayas encontrado la liberación con tu marido, pero eso no significa que no puedas. Solo que tu marido era un bastardo egoísta que solo pensaba en su propio placer.

Ella se quedó quieta, con la mirada baja hacia el suelo, y él quiso patearse a sí mismo. Nunca había conocido a Mansfield, pero a pesar de que odiaba lo que había oído sobre el hombre, era posible que ella aún lo amara.

—Me disculpo. Yo... realmente no sé qué decir, pero no debería haber hablado mal de los muertos.

Ella se rodeó la cintura con los brazos, y él esperaba que se alejara. En cambio, levantó la mirada hacia él.

—Lo odiaba. No al principio. Cuando nos casamos, tontamente pensé que era la mujer más afortunada del mundo. Pero no tardó en tomarme por tonta.

Se volvió hacia las ventanas, y él quiso atravesar una pared con el puño.

—Él era el tonto, no tú. Cualquier hombre que te tuviera pero no supiera atesorarte...

Respiró profundamente y desapretó los puños. Su conversación había tomado un giro desagradable. Lo último que necesitaba era

que Lucy estuviera pensando en otro hombre, aunque fuera su difunto esposo. No, quería que pensara solo en él.

Se movió para estar de nuevo frente a ella, animándose por el hecho de que aún estuviera aquí, hablando con él.

—Lucy...

Ella negó con la cabeza y dejó caer los brazos. Su corazón se hundió.

—Tu apuesta es unilateral —dijo ella—. ¿Qué gano yo si gano?

Él sonrió con suficiencia, sintiendo alivio.

—¿Por qué querrías ganar y negarte el placer que puedo darte?

Ella se rio.

—¿Cómo es que todos los hombres son tan confiados?

Como respuesta, él extendió una mano. La oferta había sido hecha, y ahora ella la aceptaría. Pero el silencio se extendió hasta lo que pareció una eternidad, y él podía ver la guerra que ahora libraba dentro de sí misma. Quería aceptar su apuesta, pero la incertidumbre la hacía dudar.

—Placer, Lucy. Pero solo para ti.

Su boca formó una pequeña *o* de sorpresa.

—¿Qué? ¿Cómo es eso...? —Negó con la cabeza—. No importa, está claro que tengo mucho que aprender.

Para su alivio, ella puso su mano en la de él.

—Empezaremos con besos.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviera considerando gravemente sus palabras.

—Supongo que puedo soportar eso.

Su sonrisa era juguetona mientras se acercaba a sus brazos y levantaba el rostro hacia él, y el triunfo surgió dentro de él. La viuda baronesa Mansfield aún no lo sabía, pero pronto sería suya.

Quería empezar con besos lentos y provocadores como había hecho antes, pero Lucy no estaba dispuesta a eso. Ella tomó la iniciativa, y él estaba feliz de permitirlo ya que significaba que ella tomaría lo que quisiera de él.

El suave gemido de placer que ella hizo mientras sus lenguas guerreaban dentro de su boca hizo que su ya dolorosa erección se endureciera aún más.

Ella agarró la parte posterior de su cabeza, sus dedos se curvaron contra su cuero cabelludo manteniéndolo en su lugar. Cuando ella se presionó más firmemente contra él, él gimió. Lentamente, trazó un camino de besos a lo largo de su mandíbula hasta que finalmente llegó a la pequeña concha de su oreja.

—¿Puedo tocarte, Lucy?

Ella se estremeció cuando él acarició con la nariz la suave piel donde terminaba su mandíbula.

—Me estás tocando ahora.

Lo estaba haciendo, en efecto, pero no era ni de cerca suficiente. Necesitaba más, especialmente si iba a darle la liberación que le había prometido.

Tomando sus palabras como consentimiento, bajó una de sus manos para acariciar su trasero y la presionó más firmemente contra su erección. Se requirió una extraordinaria cantidad de fuerza de voluntad para no mecerse contra su suavidad, pero le había prometido que esto iba a ser sobre ella. Si empezaba a frotarse contra ella ahora, corría el riesgo de asustarla.

Su respiración se entrecortó pero no protestó, así que él acunó uno de sus senos con la otra mano.

Se puso rígida inmediatamente, así que él mantuvo su tacto ligero.

—Tengo miedo —dijo ella.

Él quiso maldecir, pero en su lugar levantó la cabeza para encontrarse con su mirada.

—En el momento en que me pidas que me detenga, lo haré.

Ella lo miró fijamente, como si intentara decidir si creerle.

—¿Confías en mí? —Ese era el meollo del asunto, después de todo. Si ella no confiaba en él, si no podía relajarse con él, no forzaría la situación. Simplemente tendría que tomarse más tiempo para persuadirla.

—Probablemente no debería, pero... confío.

Él cerró los ojos brevemente, sintiendo que el alivio lo invadía. No podía negar que estaba asombrado por su valentía. Ella claramente pensaba que estaba siendo una tonta, pero él juró demostrarse digno de su confianza.

—Necesito tocarte para darte placer. Íntimamente. ¿Deseas que continúe?

Ella presionó su rostro contra el hombro de él, y él esperó. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, ella asintió.

—Sí —su voz sonó amortiguada contra la tela de su frac.

Exhalando un suspiro de alivio, acarició el pecho que aún sostenía, su pulgar rozando ligeramente la parte inferior. Esperaba que ella se pusiera rígida contra él de nuevo, pero en su lugar, dejó escapar un suave suspiro y presionó su boca contra la mandíbula de él por encima del borde de su corbatín.

El deseo lo sacudió cuando la lengua de ella salió para rozar la piel allí. A modo de respuesta, él rozó su pezón con el pulgar, rodeándolo con el más ligero de los toques.

Su respiración se entrecortó, y eso fue todo el estímulo que él necesitó para continuar.

Mantuvo su toque ligero, con suaves caricias en ambos pechos ahora. Puede que ella no hubiera encontrado la liberación en el lecho de su marido, pero estaba claro que su cuerpo lo anhelaba.

Ahora ella se mecía contra su miembro, y él le devolvía el movimiento. Su suave y entrecortado murmullo de asentimiento lo animó a continuar su asalto. Una mano permaneció en su pecho mientras la otra se deslizaba lentamente hacia su cintura, luego hacia su cadera. La estaba besando de nuevo, recompensado por su ferviente respuesta, cuando comenzó a subir poco a poco la tela de su vestido.

Se apartó y dejó una fracción de espacio entre sus bocas.

—Voy a tocarte entre las piernas, pero solo con mi mano. ¿Aún quieres que continúe?

Ella se echó hacia atrás, y su frente se arrugó de nuevo mientras sopesaba la petición.

—¿Solo tus manos?

—Sí.

—¿Puedes besarme mientras lo haces? —Su voz apenas superaba un susurro.

—Te besaría para siempre si me concedieras el privilegio.

Su risa fue corta, temblorosa, y estaba claro que se había sorprendido a sí misma al encontrar algo divertido en esta situación.

—Aún no has ganado tu apuesta, milord.

Su aliento se mezcló con el de ella mientras hablaba contra sus carnosos labios.

—No, pero lo haré.

Ya no había una suave exploración. No podía tomar su cuerpo, pero podía tener sus besos, y así saqueó su boca, su deseo alcanzando un punto febril mientras se ahogaban el uno en el otro. Ella ahora estaba agarrando sus hombros, y él la sujetó contra sí con una mano en la parte baja de su espalda mientras trazaba un camino por el interior de su muslo.

Cuando llegó a sus pliegues, estaba húmeda para él.

Su respiración se entrecortó cuando él la acarició allí, justo encima de su abertura, donde era más sensible. Continuó su asalto a sus sentidos, y cuando su respiración se entrecortó de nuevo, hundió un dedo dentro de ella. Su pulgar continuó acariciando ese pequeño nudo de nervios.

No pasó mucho tiempo antes de que ella arrancara su boca de la de él, sus labios se abrieron con un suave grito mientras todo su cuerpo se ponía rígido. Él podía sentir los pulsos de su liberación contra el dedo que aún estaba dentro de ella, y quería gritar en señal de victoria.

Demasiado pronto todo terminó. Dejó que la tela de su vestido cayera de nuevo, y tomó su boca en otro beso largo y prolongado antes de permitirle descansar la cabeza sobre su hombro. La sostuvo así durante un tiempo.

—No lo sabía —su voz era suave contra su cuerpo; luego inclinó la cabeza hacia atrás—. No sabía que eso fuera posible. Y ni siquiera tú... —Ella bajó la mano para cubrir su erección, y él casi se derramó en sus pantalones.

Agarró su muñeca para evitar que lo llevara a un vergonzoso final y llevó su mano a su boca.

—Hoy todo fue sobre ti.

TODO EL MUNDO de Lucy acababa de ponerse patas arriba.

Ahora entendía por qué sus amigas casadas eran tan felices. Claramente sus maridos compartían el mismo conocimiento íntimo que poseía Holbrook.

Lo que la dejaba preguntándose si Mansfield no había sabido cómo complacer a una mujer o si simplemente no le había importado atender sus necesidades. Dado su egoísmo general, sospechaba que era lo segundo.

Holbrook se despidió después de dejar un suave beso en sus labios y prometer volver a llamar. Ella lo vio marcharse sin decir palabra y luego se dirigió al sillón que él había ocupado recientemente. Una neblina confusa se había asentado sobre sus sentidos, y no estaba segura de qué quería hacer al respecto.

Ahora sabía exactamente qué había detrás de las muchas formas diferentes en que su hermano y sus amigos mostraban su amor por sus cónyuges. El roce casual de las manos, una cálida sonrisa que parecía transmitir cosas que Lucy no había entendido. La forma en que se paraban un poco demasiado cerca el uno del otro, sus miradas prolongadas y conversaciones susurradas.

Parecía que todos ellos poseían el conocimiento de que las relaciones maritales no tenían que ser unilaterales. Que las mujeres podían obtener tanto placer del lecho matrimonial como sus maridos.

Lucy bebió el resto de su té y luego se sirvió otra taza. Al menos sus manos no temblaban. Pero dada la lasitud que se había asentado sobre su cuerpo después de que Holbrook la hubiera llevado a la liberación, le sorprendió no dejar caer la taza de té.

Cuando terminó la segunda taza, la colocó cuidadosamente sobre la mesa antes de recostarse en el sillón con un suspiro de satisfacción. Sabía que esta noche repasaría una y otra vez en su mente cada momento de su encuentro con Holbrook. Pero primero necesitaba hacer algo que le resultaba incluso más difícil que

acercarse a un hombre que apenas conocía y proponerle una aventura.

Necesitaba romper la regla cardinal que había estado vigente desde el momento en que su mejor amiga se había enamorado de su hermano. Tenía que interrogar a Charlotte sobre su vida amorosa porque ahora le quedaba muy claro a Lucy que sus conocimientos en esa área eran lamentablemente inadecuados.

CAPÍTULO NUEVE

HOLBROOK QUERÍA CORTEJARLA.

Cortejarla.

Era lo opuesto a lo que Lucy había deseado cuando decidió acercarse a él para tener una aventura. Aunque, dada la forma en que la había observado durante el baile de los Clarington, quizás se habría encontrado enfrentando este mismo dilema incluso si no se hubiera acercado a él primero.

El cortejo sería un inconveniente, pero no se arrepentía de lo que había sucedido entre ellos. Todo lo contrario: había sido incapaz de pensar en poco más.

Debería haber insistido en que no había posibilidad de que él la cortejara. ¿Qué la había poseído para aceptar su apuesta?

Habías estado considerando que quizás Holbrook te mostraría lo que te has estado perdiendo todos estos años.

Lucy miró fijamente su reflejo en el espejo del tocador después de despedir a su doncella. La joven la había ayudado a ponerse un favorecedor vestido azul medio adornado con flores blancas para la excursión de esa tarde. Después de pasar el último año de negro, todavía era extraño verse a sí misma en colores más claros. La mujer que le devolvía la mirada parecía más joven. Más feliz.

Con un suspiro, abrió el cajón superior del tocador y sacó la nota que Holbrook le había enviado esa mañana.

Espero que me concedas el placer de llevarte a dar un paseo esta tarde.

-Holbrook

El diablo había subrayado realmente la palabra *placer*, lo que le decía que él también estaba pensando en lo que habían hecho ayer.

No debería haberse sorprendido por su descaro, pero no pudo contener su sonrojo cuando Charlotte leyó la nota por encima de su hombro. La mirada astuta en los ojos de su amiga le dijo que Charlotte sabía exactamente a qué se refería.

Afortunadamente, su amiga no había comentado sobre la fraseología de Holbrook. Dada la reveladora conversación que habían tenido ayer, Lucy todavía estaba aturdida por el hecho de haber estado casada durante once años y de alguna manera sabía muy poco sobre el acto del amor. Pero dado el pequeño sabor de deleite que había experimentado en manos de Holbrook, no podía esperar para experimentar más.

Holbrook llegó puntualmente a la hora acordada. Ella tomó su brazo al salir de la casa, y él la condujo a su carruaje abierto. No pudo resistir la tentación de inclinarse un poco demasiado cerca de él, disfrutando de la sensación de su fuerte brazo y recordando cómo la había tocado.

Era ridículo lo emocionada que estaba por la oportunidad de pasar tiempo con él de nuevo. La temperatura era suave para ser abril y había pájaros cantando, pero el hombre que estaba a su lado, ayudándola a subir a su carruaje, eclipsaba todo lo demás. Ambos llevaban guantes, así que no había nada escandaloso en tomar su mano mientras la ayudaba a subir al carruaje. Sin embargo, los recuerdos de cómo la había tocado ayer la asaltaron ante el simple gesto.

Cuando él se subió al asiento a su lado y tomó las riendas con una sonrisa, ella fue incapaz de no devolvérsela. Si no ganaba

control sobre sí misma, pronto todos serían testigos de cómo prácticamente se desmayaba por este hombre.

Se enfrentó hacia adelante mientras intentaba contener su sonrisa demasiado amplia. Estaban en un carruaje abierto, y en solo unos minutos llegarían a Hyde Park durante la hora de moda. Estaría lleno de gente, y si no podía controlar la emoción sin aliento que amenazaba con apoderarse de ella solo por sentarse tan cerca de Holbrook, sería como hacer un anuncio público sobre su relación. La gente hablaría.

¿Le importaba siquiera? No era como si alguien fuera a censurarla. Pero parecía un poco injusto que pudieran convertirse en el tema de intensas especulaciones antes de haber compartido una cama.

Aunque recordando su conversación con Charlotte ayer, supuso que una cama no era estrictamente necesaria.

Holbrook la miró antes de volver a mirar a los caballos. —Me decepcionó que no estuvieras en el baile de los Henderson anoche. Agradezco que el duque y la duquesa estuvieran allí porque me ahorraron la molestia de buscarte por todas partes.

Ella dejó escapar una risa sorprendida al imaginarlo corriendo de un evento a otro. Seguramente no habría dejado realmente el baile para ir en su busca. En cualquier noche dada había una serie de eventos, tanto públicos como privados. Y eso sin contar el teatro o la ópera.

Le dio lo que esperaba fuera una mirada pícara. —¿Por qué no sabía que eras tan adulador?

Él la miró de reojo. Su sonrisa seguía en su lugar, pero ahora era más comedida. —Estoy diciendo la verdad. Dime, Lucy, ¿te estabas escondiendo de mí anoche? ¿Has cambiado de opinión sobre nosotros?

Ella no le había dado permiso para usar su nombre de pila, pero después de las intimidades que habían compartido ayer, no iba a reprenderlo por tomarse esa libertad. Además, le gustaba cómo sonaba su nombre en su tono profundo. Le recordaba el momento en que le había preguntado si podía tocarla.

Un escalofrío de deleite la recorrió. Aun así, no estaba tan absorta en sus recuerdos como para no ver que él estaba preocupado. Dadas sus muy diferentes razones para llevar a cabo esta relación, podía entender por qué preguntaba.

—Ganaste la apuesta, milord. Estoy obligada por el honor a cumplir mi parte.

Él se estaba concentrando ahora en llevar el carruaje de manera segura al parque. Y la suerte estaba de su lado porque parecía que eran uno de los primeros en llegar. Lo que significaba que las dos líneas que se formaban entre sus cejas se debían a su fallido intento de mantener la conversación ligera. Odiaba haberle causado incluso un momento de preocupación.

Puso una mano en su antebrazo, y él la miró. —No tengo reservas sobre nuestro actual curso de acción, aunque no estemos de acuerdo sobre el resultado futuro.

Su corazón se aligeró cuando su expresión se aclaró.

—Aún es temprano. Nos preocuparemos por el futuro más tarde. Por ahora, planeo disfrutar de nuestro tiempo juntos.

Ella también. Pero no pudo resistir la tentación de provocarlo. —Mi hermano sabe sobre nosotros.

Cuando él hizo una mueca, ella tuvo que morderse la mejilla para no reírse en voz alta.

—No me digas que uno de los sirvientes nos escuchó y corrió a contarle lo que pasó. ¿Debo esperar que me desafíen a un duelo?

Pensó que estaba bromeando, pero entonces vio su ceño fruncido. —¿Estás preocupado?

—Por supuesto. He visto a tu hermano cuando está enojado.

Alex no lastimaría físicamente a Holbrook. Si había permitido que Mansfield continuara con sus asuntos, aunque a regañadientes, ciertamente no llamaría la atención a Holbrook por traerle felicidad. Pero era innegable que Alex tenía el poder de hacer la vida del vizconde muy incómoda.

—Puedes relajarte. Cuando se enteró de que habías llamado ayer, Charlotte le dijo que me estás cortejando. Le dejaremos seguir pensando eso.

—*Estoy* cortejándote.

Su sonrisa fue tímida. —Supongo que sí.

—Hablaré con él. Le haré saber que mis intenciones son honorables.

—Y luego le haré saber que cualquier decisión sobre si me casaré de nuevo depende únicamente de mí.

Holbrook se inclinó hasta que sus hombros se tocaron. —Haré todo lo posible por hacerme indispensable para ti. Dedicaré cada hora de vigilia a asegurarme de que estés satisfecha...

Se cubrió la cara con las manos, incapaz de mirarlo. Las imágenes evocadas por su voz baja y seductora —imágenes de cosas que ahora sabía que podían hacer juntos— eran casi demasiado para soportar.

Miró entre sus dedos cuando él se rio de su angustia, luego bajó las manos y lo miró fijamente. —Eres incorregible.

—¿Me querrías de otra manera?

No, no lo querría. Que Dios la ayudara, pero podría querer a este hombre un poco demasiado.

El carruaje había reducido la velocidad hasta casi detenerse, y se dio cuenta de que mientras hablaban, el parque había comenzado a llenarse de otros vehículos. Miró alrededor, preguntándose si alguno de sus amigos estaría allí. Fue un shock darse cuenta de que la mayoría de los hombres presentes los estaban prácticamente mirando fijamente.

Miró a Holbrook y bajó la voz. —Parece que estamos atrayendo mucha atención.

Una esquina de su boca se elevó en su sonrisa torcida. —Eso no es nada sorprendente, dado que estoy aquí con la mujer más deseable. Probablemente estén planeando mi muerte para poder llegar a ti.

Era tan ridículo que no pudo contener la risa. —No te preocupes, yo te protegeré.

CAPÍTULO DIEZ

EL CARRUAJE de Holbrook se detuvo frente a la casa de los Clarington en la ciudad. Pero en lugar de bajar, se quedó mirando la puerta del carruaje, examinando la extraña sensación de inquietud que se había apoderado de él. Le tomó varios segundos darse cuenta de que el revoltijo en su estómago significaba que estaba realmente nervioso.

No podía recordar la última vez que había estado tan aprensivo. Probablemente cuando llegó a Eton a los trece años y se enfrentó a la realidad de que, en el futuro previsible, pasaría más tiempo en la escuela que en casa con su familia.

Era condenadamente molesto.

Con un profundo suspiro, hizo lo posible por ignorar la emoción inconveniente y salió del carruaje.

Cuando había cenado aquí hace unos días, había sido uno de muchos invitados. Esta noche era el único invitado, y Clarington juzgaría su valía para cortejar a su hermana. Holbrook sabía que sus intenciones eran honorables, pero debido a la miseria que el primer marido de Lucy le había causado, tendría que probarse ante su hermano.

Le caía bien Clarington, que era una década mayor que él. Pero estaría mintiendo si dijera que el hombre no lo intimidaba.

Levantó el pesado anillo de bronce de la aldaba y lo dejó caer contra la placa de bronce. Claramente la acción no había sido

necesaria; el mayordomo lo admitió inmediatamente y probablemente ya estaba al tanto de que el carruaje de Holbrook había llegado.

El hombre mayor le informó que la familia lo estaba esperando en la sala de estar. Ignoró el impulso irracional de sacar su reloj de bolsillo para comprobar si los había hecho esperar.

Agradeció al hombre y cruzó los pocos pasos hasta la sala de estar, manteniendo un paso medido mientras tomaba otra respiración profunda y tranquilizadora.

Después de todo, esto era solo otra cena de gala. No podía recordar a cuántas había asistido a lo largo de los años. *Pero nunca antes con la familia de la mujer con la que deseaba casarse. Juzgarían todo lo que dijera e hiciera.*

Parecía que no iba a poder deshacerse de sus nervios por pura fuerza de voluntad. Había oído que un actor famoso una vez dijo que manejaba sus nervios escénicos diciéndose a sí mismo que no eran una señal de miedo. Que, de hecho, eran una señal de que estaba emocionado por dar ese primer paso en el escenario. Una vez dado ese paso, estaba comprometido con la obra y pronto se convertía en el personaje, y todos sus miedos se olvidaban.

Holbrook podía hacer esto. No le temía a Clarington. Simplemente estaba emocionado por dar este primer paso importante hacia su futuro con la mujer con la que quería casarse. La sensación de vértigo en sus entrañas era solo una manifestación invisible de su anticipación.

Dio ese último paso y cruzó el umbral hacia la sala de estar.

El duque y la duquesa estaban sentados uno al lado del otro en el sofá, con las cabezas inclinadas una hacia la otra. La duquesa debía haber dicho algo divertido porque Clarington se rio. Era obvio para todos los que veían a la pareja junta que aún estaban muy enamorados a pesar de que llevaban trece años casados.

Lucy estaba sentada en un sillón y también sonreía por lo que la duquesa había dicho. Holbrook trató de no preguntarse si había estado compartiendo ideas sobre cómo torturarlo esta noche.

Como uno solo, sus cabezas giraron en su dirección y Holbrook hizo una reverencia.

—Sus Gracias, mi señora. Me sentí honrado al recibir su invitación a cenar.

Las mujeres se pusieron de pie e hicieron una reverencia cortés. Clarington se desplegó a un ritmo más pausado, con todo el peso de su atención ahora sobre Holbrook.

—Me complace su puntualidad —dijo Clarington—. Detesto a un invitado que llega tarde a cenar.

Holbrook hizo algún comentario inocente a modo de respuesta, pero no podría decir qué fue. Su atención se había fijado en Lucy, y había algo en la forma en que lo miraba que hablaba más fuerte que cualquier palabra. Estaba desesperada por hablar con él.

Pero antes de que pudiera decir una palabra, Clarington le dio una palmada en el hombro.

—Ven.

Holbrook obedeció, por supuesto. Quería la buena opinión de Clarington si iba a obtener su aprobación para cortejar a Lucy. A pesar de que la hermana del duque era mayor de edad y libre de pasar tiempo con quien quisiera, Clarington tenía el poder de hacer las cosas difíciles.

Había oído rumores sobre el desagrado de Clarington por la forma en que su cuñado trataba a su hermana. Algunos incluso especulaban sobre cómo había hecho un pacto con el diablo para provocar ese duelo final que había resultado en la muerte de Mansfield, pero Holbrook descartó eso como chismes ociosos. Después de todo, solo había sido cuestión de tiempo antes de que el marido de Lucy se acostara con la esposa del hombre equivocado.

Ninguno habló hasta que llegaron al estudio de Clarington. Holbrook cerró la puerta tras de sí, ya que estaba claro que el hombre quería privacidad para esta conversación.

—Tome asiento —dijo Clarington mientras se acomodaba en uno de los dos sillones color borgoña escondidos en una esquina de la habitación.

Holbrook se hundió en el sillón. Perversamente, esta conversación privada ayudó a calmar sus nervios. Prefería ir directamente al motivo por el que estaba aquí esta noche en lugar

de preocuparse toda la velada por lo que Clarington estaba pensando.

—Me alegré de recibir su invitación —dijo Holbrook, juntando las puntas de los dedos sobre su regazo—. Me ahorró la molestia de solicitar una audiencia.

Clarington no respondió de inmediato. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos entrecerrados mientras examinaba a Holbrook. Tenía la extraña certeza de que el duque estaba tratando de ver dentro de su alma.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Clarington habló.

—Sabe por qué está aquí.

Holbrook asintió.

—Por mi interés en su hermana.

—Me han dicho que la está cortejando.

Holbrook colocó las manos sobre los brazos del sillón.

—Le aseguro que mis intenciones son honorables.

Para su sorpresa, Clarington hizo una mueca.

—Eso va a ser difícil. Estoy seguro de que está al tanto de que mi hermana no tiene intención de volver a casarse.

—Ella misma me lo dijo.

—¿Está al tanto de que usted la está cortejando?

Holbrook dejó escapar una risa irónica.

—Sí.

Clarington levantó una ceja.

—¿Y ha recibido su consentimiento para hacerlo?

Sonrió, recordando cada detalle de la apuesta que había hecho con Lucy.

—No fue fácil, pero sí, he recibido su consentimiento para cortejarla. Aunque ella no cree que haya ningún sentido en el esfuerzo.

Clarington negó con la cabeza y dejó escapar un suave resoplido.

—No sé cómo lo logró. Y francamente, no creo que quiera saberlo.

Holbrook estaba agradecido por eso. Lo último que necesitaba era ser desafiado por el hermano de Lucy.

—Me han dicho que eres un buen hombre —continuó Clarington —. Hay muchos entre mis conocidos que te tienen gran aprecio.

Holbrook se encogió de hombros. —Me resulta más fácil cultivar amistades que comportarme de una manera que me gane muchos enemigos.

A diferencia de Mansfield. Las palabras flotaron, sin pronunciarse, en el aire entre él y el duque.

Clarington se reclinó en su silla. —Sus esposas también te aprecian.

Una corriente de alarma lo atravesó. —Le aseguro que mis acciones han sido honorables. Yo nunca...

Clarington soltó una carcajada. —No, no, no pretendía insinuar lo contrario. Además, todas están felizmente casadas y es evidente que quieren verte igualmente establecido.

—Para ser completamente honesto, cuando estuve aquí antes de su baile, no tenía intención de buscar esposa esta temporada. Se me ocurrió que quizás ese momento se acercaba, pero no era una prioridad.

Había una sonrisa conocedora en el rostro del duque. —¿Qué cambió?

—Tuve el placer de sentarme junto a su hermana durante esa cena y conocerla mejor. Y de alguna manera, al final del baile al día siguiente, me di cuenta de que quería conocerla *mucho* mejor.

Se preguntó si Clarington sabría que su hermana estaba buscando un amante. Pero no era tan tonto como para expresar la pregunta.

La sonrisa de Clarington era ahora una mueca. —Y has decidido que quieres casarte con mi hermana.

Holbrook asintió. —No estoy listo para proponerle matrimonio. Ella aún no está preparada, pero planeo convencerla de mi forma de pensar. Primero necesitamos conocernos mejor.

—Te resultará difícil convencer a Lucy de que vuelva a intentar el matrimonio. Mansfield era un bastardo.

Holbrook estaba completamente de acuerdo. Había oído suficientes rumores como para tener una vívida impresión del tipo de hombre que había sido el marido de Lucy.

—Haré todo lo que esté en mi poder para hacerla cambiar de opinión.

Los ojos de Clarington se entrecerraron de nuevo. —Te estaré vigilando.

Holbrook asintió. —Su hermana ya ha sufrido un matrimonio infeliz. Pensaría menos de usted si creyera que está dispuesto a permitirle entrar en un segundo. Especialmente porque es evidente que usted mismo está muy felizmente casado.

Clarington asintió y se puso de pie. Extendió su brazo. Holbrook se levantó y le estrechó la mano.

—Entonces estamos de acuerdo. Te mataré si lastimas a mi hermana.

Holbrook asintió. —No lo querría de otra manera.

—Bien. Deberíamos regresar antes de que Lucy irrumpa aquí. Me ha informado que tengo exactamente cinco minutos para hablar contigo. Si me demoro más, asumirá que te estoy torturando.

CAPÍTULO ONCE

LUCY NECESITABA SABER qué estaba sucediendo en el despacho de su hermano. De no ser por Charlotte, estaría ahora mismo fuera de la habitación, con la oreja pegada a la pesada puerta de madera. Pero su mejor amiga insistía en que Lucy dejara a los dos hombres conversar en privado.

Se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro. Charlotte la observaba —sin duda para asegurarse de que no irrumpiera en el despacho— pero no dijo nada. No podía explicar por qué estaba tan preocupada.

Miró el reloj sobre la repisa de la chimenea. Habían salido de la habitación hacía dos minutos, y ya estaba invadida por la inquietud sobre lo que estaba ocurriendo. Alex estaba siendo insoportablemente sobreprotector con ella. Podía entender por qué, pero eso no significaba que tuviera que gustarle.

Quizás debería haberle dicho a su hermano que ella era quien le había hecho proposiciones a Holbrook. Y que él había rechazado su sugerencia de tener una aventura, insistiendo en cambio en que quería cortejarla.

No, no podía hacer eso. No sería la razón por la que Holbrook fuera excluido de su círculo de amigos.

Pero tal vez a su hermano no le importaría mientras Holbrook la hiciera feliz.

—Me estás mareando —dijo Charlotte, interrumpiendo sus pensamientos en espiral.

—Soy viuda, por el amor de Dios. Holbrook no debería necesitar pedir permiso para cortejarme.

Charlotte claramente intentaba no reírse de su muy real preocupación.

—Dudo mucho que Holbrook esté pidiendo permiso. Pero no puedo garantizar que Alex no lo amenace con retarlo a duelo si te hace daño.

Lucy se dejó caer en el diván junto a su amiga.

Charlotte la rodeó con un brazo en un abrazo lateral.

—¿Por qué estás tan preocupada? No he oído nada que me haga pensar que existe algún peligro de que Holbrook actúe de manera deshonrosa. He hecho varias indagaciones discretas al respecto.

Lucy no debería haberse sorprendido tanto, pero lo estaba.

—¿Cuándo? ¿Por qué?

—Antes de invitarlo a cenar en la víspera del baile, por supuesto. Como era el único caballero soltero en la lista de invitados, quería asegurarme de que no estaba invitando a una serpiente a nuestro círculo.

—Como Mansfield.

Charlotte apartó la mirada.

—Exactamente. —Forzó una sonrisa y volvió a mirar a Lucy—. Pero todos dijeron cosas halagadoras sobre él. Y si se puede creer a las señoras Cranston y Hargrove, jugó un papel fundamental ayudando a sus maridos a superar su resistencia al matrimonio.

Lucy no había oído nada sobre eso.

—¿Así que es un casamentero?

Charlotte se rio.

—Que yo sepa, no. Pero aparentemente tiene un carácter estable y es muy bueno viendo lo que uno intenta ocultar bajo la superficie.

Lucy sintió una chispa de alarma. ¿Habría sido capaz Holbrook de ver lo que ella había estado tratando de ocultar? ¿Que estaba infeliz y se sentía un poco celosa de los matrimonios de sus amigas?

Dejó escapar un suave suspiro. Por supuesto que sí. Sospechaba que todos lo sabían.

El reloj dio las ocho, y Lucy salió de su ensimismamiento. Habían pasado más de cinco minutos. Debería ir a ver si Holbrook seguía allí o si había escapado por una entrada lateral. La idea de que pudiera rendirse con ella la hizo ponerse de pie de un salto.

—Debería ir a ver cómo están...

Charlotte la agarró del brazo, impidiendo su huida.

—Ya vienen.

Lucy escuchó y se dio cuenta de que su amiga tenía razón. El suave murmullo de voces profundas, cada vez más fuerte, la tranquilizó de que Holbrook no había huido.

—Tendrías que haber visto su cara cuando le dije que no iba a apoyar su proyecto de ley —dijo Alex.

Holbrook estaba claramente divertido cuando respondió:

—Sin duda fue la misma expresión agria que mantuvo durante el resto de esa sesión.

Ambos hombres estaban riendo cuando entraron en el salón. La mirada de Holbrook la buscó inmediatamente. Le guiñó un ojo.

Y el corazón de Lucy dio un vuelco en su pecho.

CAPÍTULO DOCE

LUCY LO ESTABA VOLVIENDO LOCO. Habían pasado dos semanas desde su primer paseo en Hyde Park, y la certeza de Holbrook sobre ella solo había crecido. Su corazón estaba decidido a tenerla para siempre.

Cuando había presenciado a Cranston y Hargrove luchar con sus sentimientos hacia las mujeres que se convertirían en sus esposas, había hecho lo posible por ayudarlos a superar su renuencia. Pero era una sensación inquietante encontrarse al otro lado de esa ecuación. Especialmente cuando se encontraba dudando de su capacidad para convencerla de que se casara con él.

Nunca había disfrutado tanto de la compañía de una mujer, y cuanto más tiempo pasaba con la baronesa viuda, más intrigado se sentía. Quería saberlo todo sobre ella: sus gustos y aversiones, y sus opiniones sobre todo tipo de cosas.

Era más que sorprendente la frecuencia con la que pensaba en ella.

Era diferente a cualquier mujer que hubiera conocido. No había mentido cuando le dijo que había tenido aventuras amorosas, pero nunca hubo nadie a quien quisiera ver más de un puñado de veces. Hasta donde sabía, esa indiferencia casual había sido correspondida por todas esas mujeres. Pero a pesar de su insistencia en que solo quería una aventura amorosa, Lucy siempre parecía genuinamente feliz de verlo.

Se habían esforzado por asistir a los mismos eventos de entretenimiento durante las últimas semanas. Cuando ella le decía qué invitaciones había aceptado, lo provocaba diciendo que no quería que él corriera por todo Londres buscándola. Él no había negado la acusación porque habría hecho exactamente eso.

Había habido bailes, reuniones, veladas musicales. Una vez, durante una obra —no podía recordar el nombre porque había estado tan distraído por Lucy, quien era una de las espectadoras que compartía su palco— ella lo había llevado a un lado durante el intermedio. Él se había inclinado para escuchar lo que decía por encima de las conversaciones que tenían lugar a su alrededor, y ella le dijo que el palco de teatro contiguo al suyo estaba vacío.

Él había arqueado las cejas, pensando que seguramente no estaba sugiriendo lo que él imaginaba. Pero su sonrisa pícara en respuesta le dijo por qué había elegido compartir ese dato con él.

Cuando regresaron a sus asientos, ella le dio un pequeño tirón en el brazo mientras pasaban por el palco vacío. Y todo dentro de él le gritaba que aceptara su invitación.

El breve sabor de placer que le había dado aquella primera tarde cuando la visitó solo había aguijoneado su apetito. Quería hacer mucho más con ella. Ceder y entregarse a la aventura amorosa que ella le había dicho que quería.

Pero Holbrook estaba jugando a largo plazo. No podía negar que le preocupaba que si hacían el amor, ella tomaría el disfrute que él pudiera darle antes de pasar a otro hombre. Era un temor irracional ya que ella no había dado ninguna indicación de estar interesada en la atención de alguien más.

Y era muy consciente de cuántos *sí* estaban interesados.

Por eso se encontraba de pie al borde de un salón de baile esa noche, observándola bailar con otro hombre. No cualquier baile: un vals.

Como no estaban casados, no podía permanecer al lado de Lucy. Por eso, se encontró de pie en el extremo opuesto del salón de baile cuando escuchó los primeros acordes del vals. La buscó, por supuesto, pero era demasiado tarde. Ella ya había aceptado la invitación de otro, y el hombre la estaba llevando a la pista de baile.

Reprimió su frustración y resistió el impulso de entrometerse entre ellos y arrastrar a Lucy lejos. La estaba cortejando, sí, pero no habían hecho ninguna promesa aparte de acordar no tener relaciones físicas con nadie más. Y bailar el vals difícilmente podía considerarse una traición a esa promesa.

No reconocía a su pareja, lo que significaba que probablemente era un segundo o tercer hijo. Incluso si no estaban personalmente familiarizados, conocía de vista a la mayoría de los caballeros titulados por aquellas interminables sesiones en el Parlamento. Había algunos que no se tomaban en serio sus responsabilidades, ignorando sus deberes en la Cámara de los Lores, pero también conocía a esos caballeros.

Supuso que el joven podría haber sido un baronet, pero su posición en la alta sociedad realmente no importaba. Estaba bailando con Lucy, acercando su cuerpo un poco demasiado al suyo y prácticamente mirándola lascivamente.

Sería increíblemente grosero interrumpir y alejarla del imprudente joven, pero Holbrook podría ser capaz de lograrlo. Se acercó poco a poco a donde se movían juntos. El baile estaba abarrotado, y era posible que pudiera interponerse entre ellos y llevársela antes de que alguien se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

E incluso si alguien presenciaba su comportamiento grosero, ciertamente no sería lo peor que podría suceder en medio de un baile abarrotado. No peor que el puñado de hombres que incluso ahora se presionaban crudamente contra sus parejas.

Vio el tropiezo que precedió al gesto de dolor de Lucy y no tenía dudas de que el joven —¿siquiera tenía la edad suficiente? Parecía ridículamente joven para estar allí— lo había causado. Habiendo bailado varias veces con ella, nunca la había visto vacilar de esa manera.

Estaba considerando abrirse paso por el medio de la pista de baile cuando la vio dar un paso atrás y hacer una reverencia.

Estaban dejando la pista de baile temprano. Aliviado, continuó su ruta tortuosa alrededor de la sala. Estaba tan cerca, pero las parejas

que bailaban el vals seguían pasando entre él y su objetivo y los perdió de vista.

Cuando llegó al lado de la sala hacia donde Lucy y su pareja se habían dirigido, no la vio. El joven también había desaparecido.

Sus ojos se dirigieron a las puertas abiertas del jardín que estaban a solo unos pasos de distancia. No pudo evitar recordar el baile de Clarington cuando se había preocupado innecesariamente de que alguien se la hubiera llevado a los jardines. Se había equivocado esa vez, pero Lucy no estaba en su propia casa ahora. Sus instintos le decían que saliera.

Aceleró el paso y salió a la terraza, sus ojos recorriendo el espacio exterior en busca de ella.

Encontró a Lucy al pie de las escaleras de la terraza. Su espalda estaba hacia él, pero reconoció el vestido que llevaba puesto. Era otro vestido azul, este tan claro que casi era blanco. Había llegado a darse cuenta de que el azul era su color favorito.

Estaba de pie en un ángulo extraño, inclinada hacia adelante una fracción. No queriendo llamar la atención de los que estaban justo dentro de las puertas del jardín, cruzó el espacio que los separaba sin decir una palabra.

Una maldición masculina lo hizo romper en una carrera y bajar las escaleras a toda prisa. Pero cuando llegó al final, se quedó paralizado, el shock apoderándose de él mientras asimilaba la asombrosa escena frente a sus ojos.

El joven yacía en el suelo, boca abajo. Lucy sostenía el brazo más cercano a ella en un ángulo incómodo detrás de su espalda. Un pie calzado con zapatilla descansaba entre sus omóplatos, y cada vez que él intentaba levantarse, ella le retorcía aún más el brazo.

Debió de hacer algún ruido porque Lucy giró la cabeza bruscamente. Cuando lo vio allí de pie, le dirigió una sonrisa tensa.

—Me preguntaba qué debería hacer a continuación. ¿Has venido a ofrecer ayuda, milord?

Otro tirón del brazo del joven le hizo proferir una sarta de improperios. Ella le soltó el brazo y retrocedió rápidamente, fuera de su alcance.

—Perteneces a Bedlam —siseó el hombre mientras luchaba por ponerse de pie. Acunaba el codo de su brazo maltratado con la otra mano.

Lucy permaneció en su lugar, con los brazos cruzados sobre el pecho y un feroz ceño fruncido en su rostro. —Puede que sea viuda, pero eso no significa que puedas tomarte libertades conmigo. Un caballero pide permiso primero, y acepta un no como respuesta.

El cabello inmaculadamente peinado del hombre le había caído sobre la frente. Holbrook no vio ninguna razón para mencionar la suciedad que cubría el frente de su chaleco. Y su corbatín estaba manchado sin remedio.

El joven hizo ademán de pasar junto a ellos, pero Holbrook le aferró el hombro herido con la mano. Una oleada de satisfacción lo recorrió al oír el gruñido de dolor del joven. —Vete ahora y no te retaré a duelo mañana por la mañana. Y si posees aunque sea una pizca de instinto de conservación, reza para que nunca te vea cerca de Lady Mansfield de nuevo.

Soltó su agarre y el joven salió corriendo. Fue lo suficientemente inteligente como para no regresar al baile, optando por rodear la casa para hacer su salida.

Holbrook se volvió para mirar fijamente a Lucy. Habría pensado que había imaginado todo el incidente, pero ella seguía fulminando con la mirada a su presunto agresor.

—¿Qué...? ¿Cómo...? No entiendo.

Ella se movió y encontró su mirada. —¿Perdón?

De alguna manera logró reunir el suficiente ingenio para hablar. —Salí corriendo aquí por si estabas en peligro, pero tenías la situación bajo control. ¿Cómo supiste siquiera qué hacer? Podría haberte sometido... —Sacudió la cabeza, negándose a pensar en los "y si".

Lucy sonrió. —He estado tomando lecciones.

—¿Lecciones? ¿De quién? —¿Y qué tipo de lecciones le habrían enseñado a derribar a un hombre de esa manera? No esgrima y ciertamente no boxeo.

Ella se encogió de hombros, con un movimiento casual. —La Condesa de Brantford y su cuñada, la Duquesa de Castlefield. Están

dando clases privadas a mujeres sobre cómo defenderse ante avances no deseados. No se anuncia ampliamente. Las mujeres pasan la información a otras.

Supuso que tenía sentido. Brantford tenía una reputación formidable. Antes de casarse, todos lo llamaban el Conde Imperturbable. Ese apodo había perdido fuerza con los años cuando se hizo evidente que estaba completamente dedicado a —y afectado por— su esposa.

Algunos pensaban que era un espía, pero otros llamaban a tales especulaciones tonterías ya que pasaba la mayor parte del año en Londres. Pero fuera cual fuera la verdad, era evidente que el hombre se había asegurado de que su hermana y su esposa pudieran defenderse cuando se enfrentaran al peligro.

Y aparentemente las dos mujeres habían ido a enseñar a otras a hacer lo mismo.

—¿Quién te habló de sus lecciones?

—Charlotte ha estado asistiendo durante un par de años. Yo acabo de empezar. No creo que el Sr. Larson esperara que me defendiera o habría sido capaz de detenerme. Afortunadamente, los hombres son notorios por subestimar a las mujeres.

Holbrook la atrajo a sus brazos, abrazándola contra sí durante casi un minuto completo. Cuando finalmente se recompuso, dio un paso atrás pero aún sostenía sus manos. —Bueno, yo por mi parte estoy muy agradecido con la duquesa.

Con renuencia, soltó sus manos y le ofreció su brazo. —¿Regresamos al baile, mi lady?

Ella le sonrió, con un brillo en los ojos. —O quizás deberíamos dirigirnos a los jardines por unos minutos. Ya que estamos aquí, sería una pena no disfrutarlos.

Era sumamente tentador. El Señor debía haber puesto a Lucy Mansfield en este mundo solo para poner a prueba su fuerza de voluntad.

Le ofreció su brazo, con la intención de regresar al salón de baile. Las cejas se alzarían cuando los dos entraran juntos, pero como viuda, Lucy era libre de pasar tiempo a solas con un caballero. Ya no

le importaba que la gente hablara. Ella no sería arruinada, y no había peligro de que fuera ostracizada por la sociedad.

Cuando ella deslizó su mano en su codo, vio el ligero temblor que ella trataba de ocultar. Sus ojos se entrecerraron mientras la miraba, pero ella no encontró su mirada. Estaba tomando respiraciones profundas, y se dio cuenta de que estaba conmocionada por lo que acababa de suceder.

Por supuesto que lo estaba. Se maldijo a sí mismo y cambió de dirección, adentrándose más en el jardín. Dio algunas vueltas, mirando alrededor para asegurarse de que no hubiera otras parejas buscando unos momentos de privacidad en los jardines. Lo último que necesitaba esta noche era interrumpir un encuentro clandestino.

No cuando él no deseaba nada más que estar involucrado en uno con esta mujer.

Divisó un banco en un cenador apartado y se dirigió en esa dirección. Miró a Lucy cuando llegaron, y ella le estaba sonriendo de nuevo. Su corazón dio un vuelco.

—Has cambiado de opinión —dijo ella mientras se acomodaba en el banco.

Él se sentó a su lado y colocó un brazo alrededor de sus hombros. Ella se recostó contra él sin una palabra de protesta.

—Me di cuenta de que podrías necesitar unos minutos para calmar tus nervios antes de regresar al salón de baile.

Ella se estremeció. —He practicado ese movimiento tantas veces pero nunca pensé que realmente tendría que usarlo. No pensé, solo actué.

Necesitaba procesar el encuentro a su propio ritmo, así que él no dijo una palabra más. Pero quería perseguir al joven y estampar su puño en su cara. Quizás debería retarlo a duelo después de todo.

Fue devuelto al presente por su mano enguantada posándose en su mejilla. —Estás enojado.

Le besó la palma de la mano. —No contigo.

—Por supuesto que no. Pero no tienes que preocuparte por el señor Larson. Dudo que vuelva a molestarme.

Él se obligó a relajar sus músculos tensos. —Odio que te hayan puesto en la posición de tener que defenderte de él.

Ella le tomó la mano, entrelazando sus dedos. —Así es el mundo.

Él levantó sus manos unidas y las giró para poder besar la suave piel de su muñeca por encima del guante blanco.

Su respiración se entrecortó y él levantó la mirada, encontrándose con sus ojos. Incapaz de resistirse, le lamió la piel.

—Holbrook...

Él solo era humano. El temblor en su voz al pronunciar su nombre en un suave suspiro lo excitó al instante. La tomó por los hombros y la giró cuidadosamente hasta que quedaron frente a frente. Sus ojos recorrieron su rostro.

Al no ver ningún indicio de incertidumbre, la besó. Se suponía que sería un rápido roce de sus labios, solo una probada, pero el suave gemido de ella casi lo deshizo.

Ella profundizó el beso de inmediato, y él lo correspondió con igual fervor. Su mano ya estaba en su pecho cuando el jadeo de placer de ella lo hizo congelarse en el acto.

Cada parte de su cuerpo, cada hueso, cada tendón, le urgía continuar. Pero estaban en un baile, y en cualquier momento alguien podría encontrarlos.

No sabía de dónde sacó la fuerza, pero se obligó a soltar su suave pecho y a levantar la cabeza. Se quedaron así varios segundos, mirándose, con la respiración agitada.

Finalmente, Lucy suspiró y enmarcó su rostro entre sus manos. —Tienes que poner fin a nuestra miseria. ¿Cuánto tiempo más vas a seguir negando lo que ambos queremos?

Hasta que digas que serás mía para siempre. Pero no era lo suficientemente tonto como para decirlo en voz alta.

CAPÍTULO TRECE

ERA MIÉRCOLES, lo que significaba que el Parlamento no estaba en sesión. Y como había hecho cada miércoles durante el último mes, iría a buscar a Lucy para llevarla a Hyde Park. El carruaje descubierto era, con diferencia, la forma más segura de pasar tiempo con ella sin ceder a la tentación de buscar un rincón tranquilo y dejarse llevar.

Pero como aún era demasiado temprano, necesitaba una distracción.

Estaba en la cima del mundo cuando entró en White's. Su cortejo a la hermosa —y sorprendentemente ingeniosa— baronesa iba según lo planeado. Y después del incidente en el jardín con el joven que había intentado tomarse libertades con ella, parecía que ya no le preocupaba mostrar preferencia por su compañía.

Ella aún aceptaba las invitaciones a bailar con otros hombres, pero si alguien le pedía ser su pareja para un vals, les informaba que ya había prometido ese baile a otro. Porque ahora todos sus valses eran de él.

Echó un vistazo a los hombres reunidos en la sala de la mañana, esperando que al menos uno de sus conocidos cercanos estuviera allí. Sonrió cuando vio a Hargrove y a su cuñado, el barón Cranston, sentados junto a la chimenea apagada en el extremo más alejado de la sala. Sus cabezas estaban juntas y, cuando se acercó, se dio

cuenta de que sus voces eran murmullos bajos. Era obvio que tenían cuidado de no ser escuchados.

Cuando se acercó, se aclaró la garganta para llamar su atención. Estaba a punto de disculparse y preguntar si querían que volviera más tarde, pero dudó cuando vio la forma en que se miraron entre sí antes de volverse hacia él. Había algo en sus expresiones que le decía que habían estado hablando de él.

Aun así, los buenos modales le hicieron preguntar:

—Espero no estar interrumpiendo.

Hargrove señaló un sillón vacío.

—Por favor, únete a nosotros.

Holbrook examinó a la pareja mientras se sentaba. Sus expresiones serias le advertían que algo no iba bien.

—¿Por qué esas caras largas?

Cranston soltó un suspiro.

—Estamos debatiendo un asunto importante que te concierne.

Holbrook arqueó una ceja y esperó a que continuara.

Después de unos segundos, Hargrove habló.

—Se relaciona con la baronesa viuda y, por extensión, contigo.

Holbrook descartó al lacayo que se acercaba, con sus sentidos en alerta máxima.

—¿Lady Mansfield?

Hargrove se reclinó en su silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tú eres el que insistió en que le dijéramos inmediatamente.

Cranston frunció el ceño.

—Creo que tú deberías darle la noticia.

Holbrook iba a golpear las cabezas de ambos si uno de ellos no le decía qué estaba pasando.

Cuando Hargrove no respondió, Cranston se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

—Acabamos de enterarnos de que se ha hecho una apuesta.

Cranston no tuvo que decir nada más. Holbrook sabía exactamente de qué estaba hablando. El infame libro de apuestas de White's. Caballeros ociosos con demasiado tiempo libre apostaban sobre todo tipo de cosas.

La ira le hizo apretar los puños.

—¿Alguien ha apostado sobre Lucy?

Cranston asintió.

—Están apostando sobre quién será el primero en reclamarla como su amante.

Una neblina roja descendió sobre la visión de Holbrook.

Hargrove se inclinó hacia adelante.

—Si sirve de consuelo, has tomado una ventaja considerable.

Holbrook maldijo.

—Dame el nombre de la persona que se atrevió a poner su nombre en ese maldito libro.

Cranston frunció el ceño.

—No había ningún nombre adjunto.

Hargrove negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Hacer una apuesta sobre la hermana de Clarington es un suicidio social.

—Especialmente una que tentaría a cada sinvergüenza a proponer algo a su hermana —Cranston sacudió la cabeza—. Quien quiera que fuera, más le vale esperar que Clarington nunca descubra su identidad.

—Tenemos que eliminar esa apuesta —trató de no pensar en cuántos hombres se forzarían sobre Lucy solo para poder presumir —. Los chacales ya la están rodeando.

—Por supuesto que lo están —dijo Cranston—. Incluso sin esa apuesta, ella es muy deseable. Joven, hermosa, supuestamente estéril. Añade a eso el hecho de que es la hermana de un poderoso duque...

Holbrook se tensó, listo para ponerse de pie de un salto.

Cranston lo detuvo con una mano en su hombro.

—Tranquilo, hombre. Si tomas alguna acción precipitada, solo causará más chismes.

Holbrook quería ignorar al barón y exigir que le trajeran el libro de apuestas inmediatamente. Luego quería comparar la letra del hombre que había hecho esa apuesta con la de todos los miembros del club.

Lo que hizo en su lugar fue obligarse a relajarse. Una rápida mirada le dijo que estaban empezando a atraer la atención, y Lucy

ya estaba en el centro de demasiadas especulaciones.

Los ojos de Hargrove tenían un brillo de comprensión.

—¿Recuerdas ese empujón que me diste respecto a Eleanor?

Por supuesto que lo recordaba. Hargrove había estado tan confundido que casi había tirado por la borda su oportunidad de amor.

—A diferencia de ti, yo estoy cortejando realmente a la mujer que amo.

Cranston soltó un silbido bajo, que Holbrook ignoró.

—Entonces, ¿a qué estás esperando? —preguntó Hargrove.

¿A qué, en efecto?

—Estoy tratando de comportarme con honor.

Cranston negó con la cabeza.

—Al diablo con el honor. Esto es la guerra. Si no tomas la ofensiva, podrías encontrarte en el lado perdedor.

Dado que el barón había pasado años sirviendo en el ejército, Holbrook no se sorprendió por su elección de analogía. Cranston tenía razón, pero eso no significaba que a Holbrook tuviera que gustarle. Incluso sin esa maldita apuesta, todos los hombres —tanto escrupulosos como no— querrían a Lucy. Y dado que no había quedado embarazada durante su matrimonio con Mansfield, la mayoría ni siquiera consideraría casarse con ella.

¿Qué estaba esperando exactamente? ¿Y si Lucy se cansaba de su cortejo y se acercaba a otro para tener una aventura? Casi resopló ante la idea. Ni siquiera necesitaría preguntar. Todo lo que tendría que hacer sería lanzar una mirada alentadora a otro hombre y saltarían ante la oportunidad de estar con ella.

Una punzada de celos candentes amenazó con robarle el aliento. No. Lucy era suya.

Se puso de pie.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Hargrove.

—Voy a darle a la dama en cuestión lo que quiere.

Los guantes estaban fuera. Era hora de terminar la danza en la que habían estado participando durante el último mes. Iba a darle a Lucy Mansfield el placer que ella quería de él.

Ella había insistido en que no quería volver a casarse, y como un necio obstinado él había estado esperando que cambiara de opinión. Pero su terquedad —su insistencia en hacer lo *honorable*— podría hacer que ella se volviera hacia otro hombre.

El infierno se congelaría antes de que él permitiera que eso sucediera.

Iba a demostrarle a Lucy que la atracción que ambos sentían iba mucho más allá de la mera lujuria. Que sus almas estaban unidas. Y si solo podía lograr eso asegurándose de que ella estuviera adicta a su tacto, que así fuera.

Sonreía cuando salió de White's y subió a su carruaje.

CAPÍTULO CATORCE

LOS DÍAS de Lucy habían caído en un patrón cómodo desde el comienzo de la temporada, y así era como a ella le gustaba. A su difunto marido le había molestado eso de ella, pero nunca había sido espontánea ni disfrutaba haciendo planes a última hora.

Incluso durante el ajetreo de la temporada con su pesada carga de exigencias sociales, Lucy sabía qué esperar cada día. Desayunaba cada mañana con su hermano, Charlotte y sus sobrinos. Después, los niños subían a la sala de estudio para sus lecciones y Alex estaría ocupado con las numerosas demandas propias de alguien de su posición.

Ella y Charlotte se ocupaban con diversas tareas. Las lecciones semanales con Lady Brantford y la Duquesa de Castlefield eran imprescindibles, especialmente después de que Lucy descubriera de primera mano lo importante que era repeler los avances no deseados de hombres que se negaban a aceptar un no por respuesta.

El señor Larson, al menos, le había enseñado esa valiosa lección. No podía tener más de veintiún años, y Lucy había cometido el error de pensar que solo estaba siendo amable cuando sugirió que salieran a la terraza a tomar aire. Pero parecía que todos los hombres, sin importar cuán jóvenes o viejos fueran, creían que las viudas eran presas fáciles.

Lucy se sacudió ese pensamiento angustioso y se centró en otros más agradables. Holbrook vendría hoy para su paseo semanal por Hyde Park. Era una costumbre que esperaba con ansias, principalmente porque les proporcionaba cierta privacidad. Incluso cuando estaban en medio del parque, con al menos la mitad de los miembros de la alta sociedad paseando por el camino o en sus carruajes, podían bajar la voz y tener una conversación privada.

Lucy aprovechaba estas salidas semanales para intentar tentar a Holbrook a proporcionarle otra muestra del placer que solo él parecía capaz de darle. A estas alturas, ni siquiera le importaba si hacían el amor. Había pasado un mes desde que la había llevado al clímax, y empezaba a pensar que tal vez lo había soñado todo.

Como mínimo, él necesitaba mostrarle exactamente por qué debería cambiar de opinión sobre casarse con él. Darle otra prueba de cómo sería casarse con él.

Ese pensamiento errante acababa de pasar por su mente cuando él llegó para su salida y se dio cuenta de que estaba ganando. Su cortejo la estaba tentando a *ella* a cambiar de opinión cuando había esperado que él fuera quien reconsiderara el tipo de relación que podrían tener.

Saludó con la mano al mayordomo antes de salir para encontrarse con Holbrook fuera de la casa de la ciudad. Todavía era extraño que pudiera estar soltera y aun así se le permitiera tal libertad para ir y venir a su antojo.

Holbrook la condujo un poco más arriba de la calle.

—Me disculpo por llegar tarde. Tuve que hacer algo muy importante antes de nuestra salida hoy.

Había un tono en su voz que la hizo mirarlo de reojo. Pero se veía igual que siempre. Alto, guapo, impecablemente vestido. Él se volvió para guiñarle un ojo, y un escalofrío la recorrió.

Algo era diferente en él, pero no podía decir qué.

Se detuvo frente a un carruaje negro, y ella lo miró confundida. Este no era su carruaje descubierto, el que era apropiado para pasear por Hyde Park. Este carruaje los encerraría mientras un cochero los llevaba a su destino. Los mantendría lejos de miradas indiscretas.

Él sonrió y abrió la puerta del vehículo. Se inclinó para bajar el escalón y luego extendió su mano para ayudarla a subir.

La anticipación era algo vivo y palpitante dentro de ella mientras colocaba su mano en la de él y subía al carruaje. Aun así, trató de ser práctica. Esto no significaba nada, no podía significarlo. Holbrook había insistido en comportarse como un caballero. Tal vez algo le había sucedido a su otro carruaje y no había podido conseguir otro carruaje descubierto para su paseo de hoy.

¿Era este también su carruaje o lo había pedido prestado? Pasó sus dedos por el interior de cuero rojo, maravillándose con la sensación lujosa de los cojines. No era tan lujoso como los carruajes de su hermano, pero definitivamente era de mayor calidad que el que su marido había comprado poco después de su matrimonio. Con la forma en que él gastaba el dinero, su dote no había durado mucho antes de que tuvieran que conformarse con compras más prácticas.

—¿Es este tu carruaje? ¿Le pasó algo al otro?

Él se acomodó en el asiento frente a ella, y cuando se encontró con sus ojos, había algo en ellos que no había visto desde la primera vez que estuvieron solos juntos. Calor.

Seguramente estaba imaginando cosas. Viendo lo que quería ver.

Él no respondió, y el aire se volvió pesado entre ellos. Finalmente, cuando el carruaje comenzó a moverse, la sorprendió inclinándose hacia adelante y cerrando el espacio entre ellos.

—¿Holbrook?

Antes de que se diera cuenta de lo que él pretendía hacer, sus grandes manos se posaron en su cintura y la levantó. Dejó escapar un pequeño chillido de sorpresa antes de que él la sentara en su regazo.

No lo reprendió ya que estaba exactamente donde quería estar. En cambio, se recostó contra su amplio pecho, disfrutando de la forma en que él rodeaba sus brazos alrededor de ella para mantenerla en su lugar. Hombre tonto, ¿creía que ella querría estar en otro lugar?

—¿Qué significa esta familiaridad tan escandalosa, milord?

Sus ojos estaban casi negros mientras la miraba fijamente en la tenue luz del carruaje. Antes de que dijera una palabra, ella ya sabía que había ganado.

—He decidido ceder a la tentación.

El bajo ronroneo de su voz contra su oído mientras le acariciaba el lado del cuello hizo que se le erizara la piel de los brazos y que el deseo la atravesara en lo más profundo de su vientre.

Tuvo un momento de cordura, recordando que lo que estaban haciendo podría ser visible a través de las ventanas del carruaje. Cualquiera en un vehículo que pasara solo tenía que mirar a través de sus ventanas y podrían ver exactamente lo que estaba sucediendo.

Era irónico que justo cuando finalmente estaba consiguiendo lo que quería, se sintiera obligada a poner fin a su intimidad.

—Las ventanas aún están abiertas. Y no podemos pasear por Hyde Park con las cortinas cerradas...

Él le sonrió, y su corazón se hundió en su vientre.

—No vamos a Hyde Park, mi dulce tentadora.

Ella se inclinó de lado mientras él alcanzaba para cerrar las cortinas de una ventana y luego de la otra. Sus brazos la mantenían firmemente en su lugar, pero ella mantuvo un agarre firme en sus hombros por si acaso.

—¿No vamos? —¿Alguna vez su voz había sonado tan entrecortada antes de ese momento?

—No. Te llevo a mi casa de la ciudad.

Ella estaba llena de preguntas. ¿Por qué había cambiado de opinión? Había conocido el placer en manos de este hombre, y ese breve vistazo de todo lo que se había estado perdiendo durante todos estos años solo había servido para agudizar su apetito.

Pero Holbrook se había mantenido firme en su determinación de que no le haría el amor a menos que ella aceptara su cortejo. Ella se había preocupado de que él continuara manteniéndola a distancia mientras no estuvieran legalmente casados.

Entonces, ¿por qué ahora?

Una de las manos enguantadas de Holbrook acarició su mejilla. Sus miradas se encontraron, y ella pudo ver preocupación reflejada

en sus ojos.

—Si estoy presumiendo...

Ella negó con la cabeza.

—No, por supuesto que no. Simplemente me preguntaba por qué habías cambiado de opinión sobre que estuviéramos juntos.

—Me di cuenta de que mi terquedad podría hacer que te perdiera por completo.

Sus palabras fueron pronunciadas con sinceridad, pero ella no pudo contener la risa. Holbrook estaba delirando si pensaba que ella tenía el más mínimo interés en alguno de esos hombres que parecían empeñados en cortejarla.

—Te diré un secreto, milord.

Su pulgar acarició su labio inferior, y un escalofrío la recorrió.

—Me gusta cómo suena eso.

Un pequeño rincón de su mente trató de advertirle que era imprudente volver a confiar en un hombre. Ignoró esa voz interior.

—No tengo intención de proponerle nada a otro hombre.

Una comisura de su boca se curvó hacia arriba.

—Eso puede ser cierto hoy —y me alegra oírlo—, pero uno nunca sabe lo que depara el futuro. Y debes saber que no he renunciado a intentar hacerte cambiar de opinión. Todavía te estoy cortejando.

La besó entonces, y ella se hundió en él, ahogándose en la sensación de sus fuertes brazos atrayéndola hacia sí. La dura longitud de su excitación presionó contra su cadera, diciéndole sin duda alguna que él deseaba esto tanto como ella.

Holbrook le había demostrado que sabía exactamente cómo tocarla para avivar su deseo. Pero ahora mismo ella quería mostrarle que estaba dispuesta a compartir ese placer. Hoy no se trataría de ella sino de los dos. Juntos.

Deslizó una mano hacia abajo para acariciar su dura longitud, y su respiración se entrecortó por la evidente sorpresa. Ella quería tomarse el tiempo para explorarlo, sin querer esperar ni un momento más, pero el carruaje ya estaba disminuyendo la velocidad.

Él levantó la cabeza y la miró fijamente durante varios segundos.

Lentamente sus sentidos comenzaron a aclararse, y se dio cuenta de que casi se había dejado llevar por completo en un carruaje.

—¿Crees que estará bien que los dos entremos juntos a tu casa de la ciudad? Estoy segura de que ya corren rumores sobre nosotros, pero...

—Pero quieres ser discreta. Yo también lo quiero, por eso le indiqué al cochero que nos llevara por la parte trasera de la casa, a las caballerizas.

Ella dejó escapar un suspiro. Eso era marginalmente mejor. Los sirvientes aún lo sabrían, pero ellos siempre sabían lo que estaba pasando. Algunos podrían considerarlos invisibles, pero Lucy siempre había sido consciente de su presencia vigilante.

El carruaje entró en el pequeño establo en la parte trasera de la casa, y Holbrook bajó primero. Cuando la ayudó a bajar del vehículo, ella trató de ignorar a los mozos de cuadra que les echaron un vistazo antes de apartar rápidamente la mirada.

Se preguntó si él tenía por costumbre traer mujeres a su casa de la ciudad, pero su mente se apartó de ese pensamiento. No quería saberlo. Ya habían acordado que mientras estuvieran juntos, no habría otras relaciones. Quería confiar en que él mantendría su palabra. Más que eso, necesitaba creer que sería fiel. Veía evidencia de que los hombres eran capaces de fidelidad en las relaciones de sus amigos y familiares.

Y si él quería ver a otras mujeres, terminarían su aventura.

Una punzada de algo que eligió no examinar la atravesó ante ese pensamiento.

Siguió a Holbrook por un sendero pavimentado hasta una entrada en el lateral de la casa y se sintió aliviada de que su llegada no fuera presenciada por sus vecinos.

Él abrió la puerta, y ella se encontró en un pequeño rellano. La puerta interior al otro lado del rellano se abriría al resto de las habitaciones de la planta principal. Las escaleras que bajaban llevarían a las cocinas. Tenía curiosidad por explorar su casa, pero eso tendría que esperar para otra ocasión.

Él tomó su mano y la condujo por el segundo tramo de escaleras, que los llevaría a los dormitorios.

Cuando Holbrook se detuvo frente a su dormitorio, un hombre se materializó desde el otro extremo del pasillo. No parecía un lacayo, así que supuso que era el ayuda de cámara de Holbrook.

Holbrook murmuró instrucciones de que no debían ser molestados y luego abrió la puerta y la hizo pasar a su dormitorio.

Ella se quedó allí, justo dentro del umbral, y observó el espacio. Era evidente a primera vista que este era el dormitorio de un hombre. Los muebles eran de rica caoba, y las telas de un azul profundo.

Su cama ocupaba alrededor de un tercio de la habitación, y ella inmediatamente se imaginó a los dos revolcándose en ella. Seguramente no estaría acostada de un lado, rígida, mientras él... No, ya sabía que Holbrook sería mucho más creativo en el dormitorio de lo que había sido su marido.

Su mirada se dirigió a la pequeña zona de estar a la izquierda de la entrada: un sillón y una mesita lateral sobre la cual había apilados varios libros. No pudo evitar sonreír al imaginarlo relajándose allí, leyendo antes de acostarse.

La curiosidad la llevó a caminar hacia la mesa para examinar los libros. Su mirada pasó por encima de los dos tomos más grandes y se detuvo en las dos novelas. *Una Dama Caída* y *Una Dama Redimida*.

Cogió esta última. Había leído la primera el año pasado durante su período de luto, pero no sabía que se había publicado la secuela.

—No sabía que leías novelas.

Él se encogió de hombros.

—Es una adicción recién adquirida. Ayuda que conozco al autor de esos dos libros.

Su boca se abrió, y apretó el libro contra su pecho.

—¿Conoces a quien escribió esto? —Las novelas fueron escritas anónimamente. Nadie sabía quién era el autor.

Su sonrisa burlona era exasperante.

—Les permitiré hacer ese conocimiento público cuando estén listos. Pero diré que parece que estás en camino de descubrir la verdad por ti misma.

Su mente dio vueltas ante la implicación de sus palabras. ¿Qué quería decir? ¿Conocía ella al autor? Había conocido a mucha gente durante el último mes, pero la mayoría eran meros conocidos. Aparte de...

Ella jadeó.

—¿Estaba él allí? ¿Durante la cena antes del baile de Alex y Charlotte?

Esas eran las únicas personas que consideraba sus amigos.

Holbrook se encogió de hombros, pero sus ojos brillaron.

—No puedo confirmar ni negar eso.

Sus palabras decían una cosa, pero el filo en su voz le indicó que había adivinado correctamente. A menos que estuviera mintiendo sobre todo.

—¿Me estás tomando el pelo?

Su sonrisa fue genuina mientras le quitaba el libro de las manos. Se volvió hacia la dedicatoria y le devolvió el libro.

—No. Pero me parece interesante que hayas asumido que el autor es hombre.

Ella miró el libro.

A mi amado esposo, que ha sido una fuente de inspiración y apoyo.

Cerró el libro con un suave suspiro.

—Eres de lo más irritante, Holbrook.

Él se rio.

—Si te sirve de consuelo, tengo buena información de que la identidad del autor será revelada más adelante esta temporada. Pero estoy seguro de que ella misma te lo dirá pronto.

Ella cruzó los brazos y lo miró con enfado.

—Así que no hay razón por la que no puedas decírmelo ahora.

Él se encogió de hombros.

—No es mi secreto para contar. Ahora deja el libro y ven aquí. No estamos aquí para discutir sobre libros.

Ella acarició el delgado volumen.

—No he leído la secuela.

Él le quitó el libro de las manos y lo colocó encima de la pila de libros. Luego la rodeó con sus brazos.

—Puedes llevártelo cuando te vayas. Después de que haya terminado contigo.

El tono bajo de su voz estaba lleno de oscura promesa, y un escalofrío la recorrió.

—Pero si has cambiado de opinión, si quieres más tiempo para pensar en esto, por favor dímelo ahora. Sé que fui presuntuoso al traerte aquí sin discutirlo contigo primero.

Ella lo miró fijamente, su anhelo claramente visible en las líneas tensas de su rostro. Ahora que había cedido a lo que estaba sucediendo entre ellos, él deseaba esto tanto como ella. Pero también sabía que era un hombre de palabra. Si le decía que ya no quería hacer el amor con él, la llevaría a casa.

Confiaba en él. No podía decir por qué. El cielo sabía que nunca había podido disuadir a su marido cuando estaba decidido a tomar sus derechos maritales. Pero Holbrook se detendría si ella se lo pidiera.

—Quiero estar aquí. He imaginado esto tan a menudo desde que me mostraste por primera vez lo que significaba experimentar el deseo.

Él cerró los ojos aliviado, y la humilló que pusiera las necesidades de ella por encima de lo que él tan claramente quería.

—¿Pensaste que había cambiado de opinión?

—No. Pero es importante que sepas que nunca te forzaría a hacer nada. Además... —Levantó una ceja—. Eres una mujer difícil de atrapar.

—Todavía no me has atrapado, milord. —Imágenes de él tumbado sobre ella y embistiendo su cuerpo llenaron su imaginación.

Nunca había disfrutado del acto con su marido, pero él nunca había tenido en consideración su placer. Holbrook, por otro lado, no había sido más que paciente con ella. Le había mostrado que su cuerpo era capaz de disfrutar de la intimidad con un hombre y no había exigido nada a cambio.

Bueno, nada excepto matrimonio. La idea de encontrarse en otro matrimonio infeliz siempre le había enviado una ola de pánico frío.

Que incluso hubiera considerado cambiar de opinión hoy era testimonio de cuánto deseaba a este hombre.

Pero ahora no tenía que preocuparse por correr ese riesgo. Él podía mostrarle el placer que le había prometido, y ella estaba casi desesperada de anhelo.

Se apoyó en la fuerza de su amplio pecho.

—¿Qué pasa ahora? —Su mirada se dirigió a su cama muy grande. Mansfield siempre se unía a ella en su dormitorio, generalmente cuando ya estaba en la cama. Este romance era completamente diferente, y no sabía cómo proceder. Su pulso comenzaba a acelerarse—. ¿Debería acostarme en la cama?

CAPÍTULO QUINCE

SUS CEJAS SE FRUNCIERON. —¿Crees que voy a arrojarte sobre la cama, levantarte las faldas y montarte como una bestia?

La imagen que él pintó era tan similar a lo que solía suceder con Mansfield que debería haberse horrorizado. Pero pensar en Holbrook sobre ella, tocándola primero para asegurarse de que estuviera lista para él, ocupándose de su placer, envió una oleada de humedad entre sus piernas.

No pudo evitar recordar la burla que su esposo siempre le lanzaba. Que no solo era estéril, sino que también estaba seca como un desierto.

No había entendido su acusación, pero ahora sabía que no había nada malo en ella. No había sentido deseo físico por su esposo, y él no se había preocupado por sus necesidades. Pero sí sentía deseo por Holbrook, y cada parte de ella anhelaba que la tocara como quisiera.

—Si eso es lo que deseas, mi señor.

Él la soltó y retrocedió dos pasos. Fue tan repentino que casi tropezó.

—Lo que deseo es verte desvestir.

Sus palabras, el calor en sus ojos, su exigencia sensual... *Sí*. Le daría todo a este hombre si continuaba mirándola como si fuera la mujer más deseable del mundo.

Se giró para darle la espalda y lo miró por encima del hombro. —Necesito ayuda con los botones. Si hubiera sabido que me ibas a seducir hoy, habría usado algo más fácil de quitar.

Su única respuesta fue un gemido profundo y gutural que la llenó de anhelo.

Sus manos hicieron un rápido trabajo con la pequeña fila de botones en la espalda de su vestido. Cuando separó la tela, ella no tuvo que pedirle que la ayudara con su medio corsé. Desató los cordones y luego se alejó de nuevo para observar.

Ella permaneció de espaldas a él, con el vestido ahora abierto, pero seguía observándolo. Disfrutaba la forma en que sus ojos estaban clavados en su obra. —Eres bastante bueno en esto, mi señor.

Él encontró su mirada. —Tengo dos reglas antes de que continuemos. Una, no se hablará de otras mujeres cuando esté aquí contigo. *No existen* otras mujeres.

Ella se estremeció ante sus palabras. —¿Y la segunda regla?

—Tengo un nombre.

Eso era cierto. A Mansfield le gustaba que ella se refiriera a él como su señor. Sospechaba que tenía que ver con el hecho de que ella era hija de un duque y él un barón. Lo hacía sentir importante.

Pero si no iba a haber otras mujeres en esta alcoba, tampoco habría otros hombres. De ahora en adelante, no pensaría en lo que había ocurrido entre ella y su difunto esposo.

—Sí, Holbrook.

Él la alcanzó y la hizo girar para que lo enfrentara. Ella había estado sosteniendo su vestido, pero el movimiento rápido hizo que soltara la tela. Como si sus prendas se estuvieran arrojando al suelo ante él, su vestido y corsé cayeron.

Ahora estaba de pie frente a él en su camisola.

—Lucas. Solo me convertí en Holbrook hace unos años.

Ella frunció el ceño. —¿Lucas y Lucy?

Holbrook se rio. —Sí, aparentemente somos un par a juego. Pero nadie más que mi madre y mis hermanos me llaman por mi nombre de pila.

—Lucas. —Después de su sorpresa inicial por la similitud en sus nombres, decidió que le gustaba cómo sonaba.

Su mirada recorrió su figura en un lento y pausado escrutinio. Ella sabía lo que vería. Sus pezones oscuros serían visibles a través de la fina tela de su camisola blanca. Al igual que el oscuro triángulo de vello entre sus muslos.

—Todo. —Las palabras fueron bajas, apenas audibles.

Sus ojos se fijaron en los de ella, y dudó. ¿Realmente iba a hacer esto? Solo había estado desnuda frente a su doncella cuando se bañaba, e incluso entonces Lucy solía moverse rápidamente. Nunca se había parado desnuda frente a nadie y les había permitido examinar su cuerpo.

Pero Holbrook había estado mirándola durante algún tiempo, y su camisola era tan fina que bien podría no estar usando nada. Además, no quería el tipo de relación romántica que ya había experimentado.

Levantó las manos y jugó con la pequeña cinta entre sus senos que mantenía la camisola en su lugar. Los ojos de Holbrook estaban clavados en sus manos, y un escalofrío la recorrió.

Ella deseaba esto tanto como él.

Lentamente tiró de la cinta y aflojó el pequeño lazo. Los bordes de la tela se abrieron, mostrando la parte superior de sus senos.

Con un pequeño movimiento de sus hombros, permitió que la prenda cayera al suelo. Ahora estaba completamente desnuda en medio del montón de su ropa.

La mirada de Holbrook, no, de Lucas, recorrió nuevamente su cuerpo con calma.

Sus mejillas se calentaron, y pudo sentir el calor extenderse por todo su cuerpo. —¿Vas a quedarte ahí parado mirándome?

—Si tuviera algún talento, te pintaría así. Una tentadora malvada tratando de provocar mi caída.

No había rastro de ligereza en sus palabras, y se dio cuenta de que estaba diciendo la verdad.

—Estoy infinitamente agradecida de que no lo hagas.

Finalmente cerró el espacio entre ellos y la atrajo contra su cuerpo completamente vestido. Las sensaciones la asaltaron. Su piel

caliente tocando la fina lana de su abrigo, sus senos presionados contra la fría seda de su chaleco. Y debajo de eso, su cuerpo duro y sus brazos rodeándola.

Nunca antes se había encontrado tan desesperada por el toque de un hombre.

Su cuerpo anhelaba la liberación que él le había mostrado con solo sus manos. Y había pasado demasiado tiempo desde que la había besado.

Inclinó la barbilla hacia arriba, y su boca descendió sobre la de ella como si hubieran coreografiado el movimiento. La devoró con su beso, y ella lo correspondió con igual pasión.

Dejó escapar un pequeño jadeo y envolvió sus brazos alrededor de su cuello cuando él apartó su boca de la de ella y la levantó en sus brazos. La llevó a la cama y luego la depositó en ella.

Ahora era su turno de verlo desvestirse. Se quitó la levita y luego deshizo el corbatín que ocultaba la columna de su garganta. Sus ojos se demoraron en la amplitud de los hombros que acababa de revelar y luego se fijaron en sus dedos mientras desabotonaba hábilmente y se quitaba el chaleco. Finalmente, se sacó la camisa por la cabeza.

Se quedó allí, aún con los pantalones puestos pero desnudo de cintura para arriba.

Se le secó la boca al contemplar sus músculos. Sabía que era más musculoso que su marido, pero su ropa había ocultado cuánto.

Estiró el brazo para tocar el único trozo de piel desnuda a su alcance desde su posición recostada en la cama. Su abdomen.

Él soltó un silbido cuando ella pasó los dedos por su piel.

—Estás tan duro.

Él cerró los ojos con fuerza por un momento como si estuviera dolorido.

—No tienes ni idea.

Su mirada se dirigió hacia abajo y vio la clara evidencia de su excitación. Pero en lugar de liberarse, se acomodó en la cama junto a ella.

—Creo que llevas demasiada ropa para lo que tenemos que hacer a continuación.

Una comisura de su boca se curvó hacia arriba.

—Necesito mantenerlos puestos, tentadora, si quiero evitar abalanzarme sobre ti.

Ella frunció el ceño.

—Espero que no hayas cambiado de opinión. Creo que me gustaría que te abalanzaras sobre mí.

Él pasó una mano grande por su brazo.

—Quiero explorarte primero. Saborearte.

Escalofríos florecieron en su piel, y no tuvo que esperar mucho para saber a qué se refería. Le besó el costado del cuello y luego trazó un camino hacia abajo.

Se sorprendió cuando el roce de su lengua a lo largo de su clavícula le provocó un escalofrío. Nunca había sabido que podía ser tan sensible allí. Por supuesto, él no se detuvo, y al poco tiempo estaba acariciando sus pechos con la nariz.

Le dolía de necesidad pero no podía nombrar lo que quería. Afortunadamente, no tuvo que preocuparse porque Holbrook se llevó un pezón a la boca y succionó. La succión de su boca hizo que se arqueara hacia él. También hizo que el dolor entre sus piernas se intensificara.

Nunca había imaginado que sería posible sentirse tan lasciva. Tan ávida del toque de un hombre.

Después de prestar igual atención a su otro pecho, levantó la cabeza y encontró su mirada. Sus ojos estaban oscuros de deseo.

—Voy a saborearte entera.

Sus cejas se fruncieron. ¿No estaba ya haciendo eso? Pero entonces empezó a dejar una línea de besos hasta su vientre, y sintió un atisbo de alarma cuando se le ocurrió un pensamiento verdaderamente perverso.

No, seguramente no iba a hacer *eso*. Charlotte le había dicho que a algunos hombres les gustaba dar placer a una mujer con la boca, pero pensó que su amiga estaba bromeando. No le había preguntado si su hermano le había hecho eso alguna vez a Charlotte porque realmente no quería saberlo. Había algunas imágenes que no necesitaba en su cabeza.

Holbrook nunca... Le separó las piernas y la miró *allí*, donde nadie había mirado nunca. Ni siquiera su marido.

Holbrook ya la había tocado allí y le había dado placer, pero el hecho de que ahora estuviera mirando sus pliegues húmedos era casi demasiado para soportar.

Intentó apartarlo, pero él no se movió.

—¿Qué estás haciendo?

Él encontró su mirada.

—¿Confías en mí?

Ya le había dicho que sí, pero esta era una intimidad más allá de todo lo que podía haber imaginado. Estaba nerviosa pero no podía negar que una parte de ella anhelaba experimentar todo lo que él pudiera mostrarle.

Asintió y contuvo la respiración.

Solo para sentirla escapar cuando él la besó en lo alto del muslo interno. Y luego la besó *allí*.

Conocía el placer que podía darle con sus dedos, pero el calor de su boca, los sonidos que hacía, como si estuviera disfrutando hacerle esto... Su mente quedó en blanco, y la totalidad del mundo existía solo en ellos dos en esta cama. No podía pensar en nada excepto en la sensación de su boca sobre ella, haciendo cosas perversamente deliciosas que nunca había imaginado posibles.

Cuando deslizó dos dedos dentro de ella, su cuerpo se tensó y luego se estremeció con el clímax. Gritó, sus manos aferrando las sábanas.

Cuando abrió los ojos, él estaba de rodillas sobre ella, mirándola.

—Eres la criatura más hermosa que he visto jamás.

Ella negó con la cabeza, sabiendo que eso no era cierto. Había muchas mujeres más hermosas que ella.

Él se levantó de la cama, y ella observó cómo sus manos se movían hacia sus pantalones, siguió la forma en que sus dedos largos y delgados trabajaban en la bragueta. Ya había alcanzado el clímax, pero parecía que su cuerpo anhelaba más.

Se bajó los pantalones con impaciencia, y su virilidad se liberó, larga y dura.

No pudo contener un gemido. Sus dedos dentro de ella se habían sentido increíbles llenándola, pero temía que su longitud la desgarrara.

Era más largo y grueso de lo que había esperado.

—No sé...

Él se acomodó sobre ella, su cuerpo duro cubriéndola por completo. Pero mantenía suficiente peso sobre sus antebrazos para que ella no tuviera dificultades para respirar.

Era muy consciente de la forma en que su miembro se asentaba allí, entre sus piernas, y cualquier reserva que pudiera haber tenido se desvaneció. En ese momento solo sabía que necesitaba a Holbrook dentro de ella ahora mismo.

—Por favor, no me hagas parar —gruñó él.

El hecho de que aún le estuviera dando la opción de continuar o no destrozó las últimas dudas que tenía sobre este hombre.

Le acunó el rostro entre las manos y lo miró a los ojos.

—No te detengas.

Hizo espacio para él entre sus muslos, y él se introdujo en ella con un gemido. Por un momento temió que no encajara, pero su cuerpo se abrió, permitiéndole hundirse en ella por completo.

Se llenó de asombro.

—Se siente increíble.

—Ni la mitad de increíble que tú, mi amor.

Empezó a moverse. Imposiblemente, su cuerpo parecía volverse aún más húmedo con cada embestida. Ya estaba cerca del borde, y no tardó mucho en que otro orgasmo la invadiera.

Nunca había alcanzado el clímax durante el acto amoroso. Había temido que no sucediera ahora con Holbrook. La alegría la inundó mientras se aferraba a él, sus piernas y brazos envolviéndolo mientras esperaba que él encontrara su propio éxtasis.

Esperaba que terminara rápidamente, pero no fue así. Continuó, embistiéndola con movimientos implacables que parecían exigirle todo.

De alguna manera, su cuerpo se tensó a su alrededor nuevamente, y ella gritó su nombre. Solo entonces, después de su

tercer clímax del día, él se hundió completamente en ella y encontró su propio placer.

CAPÍTULO DIECISÉIS

HOLBROOK APENAS CONTUVO UNA MALDICIÓN. Había pretendido retirarse antes de alcanzar el clímax, pero en su lugar, había terminado dentro de ella como un joven inexperto.

Los hizo rodar, y ella se acurrucó contra él. Le encantaba la forma en que se enroscaba contra su pecho como un pequeño gatito buscando su calor, pero su satisfacción se vio empañada por la preocupación.

A pesar de haber estado casada durante muchos años, nunca había concebido, pero eso no significaba que nunca lo haría. Le acarició la espalda de arriba a abajo mientras imaginaba su vientre redondeado con su hijo. Un tipo diferente de anhelo se asentó en algún lugar cerca de su corazón.

Nunca había pensado en tener hijos más allá de saber que sucedería en algún momento en el futuro. Pero ahora ese futuro estaba en duda porque era muy posible que Lucy no pudiera darle un heredero.

Intentó imaginar renunciar a ella. Era lo que ella decía que quería de él: una aventura amorosa en lugar de un cortejo. Eso lo liberaría para encontrar a alguien más...

El pánico se apoderó de él ante la idea. No, no podía dejarla ir. Tenía hermanos. Uno de ellos podría convertirse en el próximo vizconde si nunca engendraba un hijo, porque quería a Lucy más que a nadie o cualquier otra cosa. Al diablo con el vizcondado.

Lucy levantó la cabeza, sonrió y le acarició la mejilla con una mano.

—Puedo oírte pensar. ¿Pasa algo? ¿Hice algo mal?

Él se movió para que ambos quedaran de lado, frente a frente, y la besó.

—Tú, mi tentadora, eres perfecta.

—Dime qué te preocupa.

Él exhaló profundamente. Parecía que iban a tener esta conversación ahora.

—Fui descuidado al final.

Una pequeña arruga se formó entre sus cejas.

—¿Descuidado?

—Terminé dentro de ti. Debería haberme retirado para no arriesgarme a un embarazo.

Sus ojos escrutaron los de él durante varios segundos. Luego se giró sobre su espalda y miró al techo.

—Podría ser estéril.

Él se apoyó sobre un codo y la miró.

—Pero podrías no serlo. No es un secreto que tu esposo tenía aventuras. ¿Engendró algún hijo con esas mujeres?

—Ninguno del que yo sepa —suspiró y se cubrió el rostro con las manos.

Él esperó, observándola cuidadosamente para asegurarse de no haberle causado ninguna angustia. Pasó un minuto, y ya no pudo soportar su silencio. Si estaba enojada con él, ya fuera por ser imprudente o por mencionar a su esposo, quería que lo expresara. No podía mejorar las cosas si ella no le hablaba.

Le quitó las manos de la cara.

—Dime qué estás pensando. Grítame si es necesario, pero por favor no me excluyas.

Ella le dio una pequeña sonrisa.

—No estoy molesta, pero temo que tú podrías estarlo cuando admita que no me importa si quedo embarazada. De hecho, lo consideraría una bendición.

Su corazón se elevó ante sus palabras.

—Este no es el lugar más romántico para hacer esto, pero ¿me harías el honor...?

Sus manos le cubrieron la boca, y ella negó con la cabeza.

—No, no, no...

Sus tontas esperanzas se derrumbaron. Esperó a que ella retirara las manos y luego dijo:

—Una negativa era suficiente.

Ella se sentó y él hizo lo mismo. Le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia su costado, medio temeroso de que fuera a huir.

Ella se inclinó hacia él y le rodeó la cintura con los brazos.

—Ahora es mi turno de disculparme —soltó una risa irónica—. No estaba rechazando tu propuesta. Bueno, no exactamente. Pero me horrorizó pensar que pudieras creer que había planeado todo esto, diciéndote primero que solo quería una aventura y luego diciéndote que esperaba estar embarazada, para forzarte a hacerme una propuesta de matrimonio.

La pequeña chispa de esperanza se reavivó en su pecho.

—Entonces, ¿estás diciendo que *aceptarás* mi propuesta?

Ella gateó hasta su regazo, a horcajadas sobre él, y él fue incapaz de contener su renovado deseo por ella.

—Estoy diciendo que la consideraré.

No creía haber sonreído tan ampliamente en su vida. Pero no podía importarle menos si parecía tonto.

Acercó sus caderas para que su centro estuviera pegado a su miembro.

—¿Hay algo que pueda hacer para influir en tu decisión?

Ella movió sus caderas contra él, deslizando sus pliegues húmedos sobre su dureza con un suave murmullo de aprobación.

—Siempre estoy dispuesta a considerar un argumento lógico... ¡Oh! —Su aliento se quebró en la última palabra cuando él la levantó y la empaló sobre sí mismo—. Y debo decir que pareces tener una manera muy persuasiva de expresarte.

Él se rio, permitiendo que la esperanza burbujease en su interior. Ella iba a ser suya, podía sentirlo en sus huesos. Lucy aún se aferraba a su terquedad, pero la esperaría el tiempo que fuera

necesario. Hasta entonces, iba a hacer todo lo que estuviera en su poder para que se volviera adicta a su tacto.

—Has creado un monstruo, Lucy. Ahora que he cedido a la tentación, nunca te vas a librar de mí.

Sus brazos se estrecharon alrededor de sus hombros, y se inclinó hacia él, tomando el control, su cuerpo subiendo y bajando sobre el suyo. Habló suavemente contra su boca.

—Eso podría no ser tan malo.

Ya no había necesidad de contenerse, y se entregó completamente, sin culpa, a su deseo.

Lucy estaba pensando en aceptar su propuesta. *Quería* tener un hijo con él, así que no había necesidad de tomar precauciones.

Ahora solo tenía que averiguar cómo pasar más tiempo con ella, porque dudaba que Clarington le permitiera un acceso sin restricciones al cuerpo de su hermana.

Tendría que contar con la ayuda de aliados que los apoyaran, principalmente la duquesa.

Pero por ahora solo pensaría en la hermosa y vivaz mujer en sus brazos. Su cuerpo se tensó a su alrededor demasiado pronto, y él no pudo contener su propio clímax.

Ella dejó escapar un suave gemido y luego uno más fuerte mientras su orgasmo continuaba y continuaba. Él la mantuvo en su lugar mientras la seguía, entregándole cada parte de sí mismo, cuerpo y alma.

Antes de que pasara mucho tiempo, juró hacer de Lucy Mansfield la nueva vizcondesa Holbrook.

CAPÍTULO DIECISIETE

Junio de 1819

ERA OFICIAL. Todas y cada una de las amigas de Lucy parecían empeñadas en formar una pareja entre ella y Holbrook. Durante las siguientes semanas, los emparejaron en un sorprendente número de cenas privadas. Y si Lucy visitaba la librería Hatchard's con Lady Hargrove, descubría que Holbrook ya estaba allí con el esposo de su amiga.

La segunda vez que sucedió, se dio cuenta de que no era una coincidencia. Por un momento sospechó que Holbrook había orquestado el encuentro, pero el bufido exasperado que dirigió a Lord Hargrove, seguido de la sonrisa del conde, le indicó que él también se había sorprendido.

Durante los eventos sociales más grandes, Holbrook se aseguraba de permanecer cerca. No estaban comprometidos, por lo que causaría revuelo si permaneciera a su lado toda la noche, pero era evidente que eso era lo que él deseaba.

Y que el cielo la ayudara, porque ella también lo deseaba.

Si había tenido alguna duda persistente sobre el carácter de Holbrook a medida que avanzaba la temporada, estas se habían borrado por completo. Y aun así, todavía tenía un temor que era imposible de desterrar.

Todos los miércoles, Holbrook pasaba a recogerla para llevarla a Hyde Park, pero en su lugar, la llevaba a su casa de la ciudad. Le había mostrado exactamente por qué sus amigas estaban tan felizmente casadas. Por qué no temían el contacto de sus maridos como Lucy había temido las visitas de Mansfield cuando aún se molestaba en hacerlas.

Durante sus momentos juntos, demasiado breves, había llegado a una horrible conclusión. Amaba a Holbrook. Él estaba en su corazón más profundamente de lo que Mansfield lo había estado jamás.

Por eso, ese miércoles, cuando la llevó a su casa de la ciudad, no se lanzó inmediatamente a sus brazos en cuanto se cerró la puerta del dormitorio.

Él alzó una ceja.

—¿Ocurre algo?

Había pensado que este momento sería difícil. Para su sorpresa, fue todo lo contrario. Pero entonces, todo con Holbrook se sentía natural y fácil. Y sabía, sin lugar a dudas, que él haría cualquier cosa por ella.

Por eso necesitaba darle la oportunidad de retirarse ahora si tenía la más mínima duda sobre su futuro.

—La temporada pronto llegará a su fin.

Él la miró fijamente durante varios segundos antes de hablar finalmente.

—¿Es solo la temporada lo que está terminando?

Su mandíbula estaba tensa, su mirada solemne, y ella se dio cuenta de lo que debía estar pensando. Que estaba buscando poner fin a su aventura.

Cerró el espacio entre ellos y acunó su rostro entre sus manos.

—No, no es eso lo que quería decir.

Él cerró los ojos, y ella sintió el estremecimiento que recorrió su cuerpo antes de que la estrechara contra su corazón.

Lo había estropeado terriblemente. Cuando él se apartó de nuevo, ella le sonrió.

—Solo quería decir que necesitamos decidir qué pasará después. Mi hermano regresa a su residencia en el campo, pero yo no tengo

ningún otro lugar al que deba ir. Puedo quedarme en Londres.

Él tomó sus manos y las juntó, sosteniéndolas contra su pecho. Contra su corazón. Ella podía sentir el fuerte y constante latido a través de sus manos entrelazadas.

—Necesito regresar al campo, Lucy. Mi madre planea visitarnos.

Una punzada de hielo atravesó su corazón. ¿Holbrook se iba?

Su instinto inicial fue alejarse. Decirle adiós, quizás ofrecerle una tarde más juntos. Y luego escaparía y se escondería en su habitación en la casa de su hermano.

No sabía de dónde venía ese instinto, pero una ola de negación la invadió. Fue tan poderosa que casi no reconoció su propia voz cuando habló.

—No. No puedes irte.

—Ven conmigo, Lucy. Cásate conmigo. Puedo conseguir una licencia especial y podemos casarnos antes de que termine la temporada.

Ella vaciló.

—Te amo, Lucy. Te esperaré. Y si esto es todo lo que puedo tener contigo, entonces será suficiente. Volveré a Londres tan pronto como pueda, y podremos pasar tanto tiempo juntos como queramos.

Las palabras brotaron de ella.

—¿Y si no puedo darte hijos? Llegarás a odiarme —Era su peor temor. Que sería una decepción para él. No le preocupaba que se alejara de ella como lo había hecho su marido, pero eso no significaba que quisiera ser una carga para él.

Él la sacudió suavemente.

—La última vez que revisé, no había forma de que ninguna mujer supiera si podría llevar un hijo. Sin embargo, la gente se casa todo el tiempo.

Ella sonrió, conmovida por su deseo de consolarla.

—Y los maridos luego llegan a resentir a sus esposas estériles.

—No todos. Yo no lo haría. Todo lo que quiero eres tú.

—Pero...

—Lucy, tengo tres hermanos. No *necesito* un heredero. Ya tengo un puñado de ellos. ¿Me gustaría tener un hijo? No voy a mentir y

decir que no adoraría a una niña pequeña que se pareciera a su hermosa madre. Aunque supongo que también la amaría si se pareciera más a mí.

El giro irónico de sus labios le arrancó una risa sorprendida. Ella le echó los brazos al cuello, demasiado emocionada para hablar.

Para su crédito, él simplemente la abrazó y esperó. Siempre paciente. *Suyo*.

Cuando se apartó, él levantó una mano para secar las lágrimas que silenciosamente se deslizaban por sus mejillas.

—¿Son lágrimas de felicidad o de tristeza?

—Son lágrimas de felicidad —logró decir con un sollozo entrecortado—. Te amo tanto.

—¿Eso significa que te casarás conmigo?

—Sí, Lucas. Siempre iba a ser sí.

Él rozó su boca con la suya.

—Pasaré cada día de mi vida tratando de ser digno de ti.

—Ya lo eres —susurró ella contra su boca antes de profundizar el beso. Luego procedió a demostrarle cuánto lo amaba.

EPÍLOGO 1

Una carta de la madre de Holbrook

Lucas:

Me alegró mucho recibir tu carta informándonos de tu próxima boda al final de la temporada... ¡Que, Dios mío, ya casi está encima!

Podrías haberme avisado antes. No tenía ni idea de que estuvieras buscando esposa este año. Con gusto me habría unido a ti en Londres para ofrecerte mi ayuda. Ya sabes cuánto prefiero el campo, pero por mi querido primogénito, habría hecho el sacrificio.

Partiré lo antes posible. Y como tus hermanos acaban de llegar a casa desde Eton, me acompañarán. Reza para que sobreviva al viaje. No te puedes imaginar qué suplicio es compartir un carruaje con esos tres chicos.

La casa está patas arriba mientras hacemos los preparativos. Debes saber que tus hermanos ya están haciendo planes para poner Londres patas arriba. Tendré que contar contigo para que me ayudes con ellos.

Con mucho amor y besos de tu madre devota.

XXXXX

Posdata: Si hago todo el viaje hasta Londres solo para enterarme de que ya te has casado mediante una licencia especial, me sentiré sumamente agraviada.

EPÍLOGO 2

Agosto de 1819
Finca Clarington, Kent

SENTADA EN EL borde de una manta de picnic, Lucy se deleitaba con la escena bucólica que la rodeaba. Le encantaba visitar la finca de su hermano, y habían pasado demasiados años desde que había podido visitar la casa en la que había crecido.

Sonrió. Ver a los niños jugar y correr le traía felices recuerdos de su propia infancia, jugando en estos mismos terrenos. Pero hoy había decididamente más niños. Todos los amigos de su hermano y sus familias estaban de visita, y la finca estaba llena de niños riendo. Algunos estaban persiguiéndose, pero no pasó por alto al pequeño grupo de niñas que estaba a un lado. Susurraban entre ellas y reían mientras lanzaban lo que creían eran miradas furtivas a otro grupo de niños. Pronto descubrirían lo que las niñas estaban planeando. Eso era lo bueno de los niños. No podían guardar sus secretos por mucho tiempo.

Sus padres se habían emparejado y paseaban por los terrenos. Se turnaban para situarse en el lado opuesto del área abierta donde se había montado el picnic para asegurarse de que ninguno de los niños se alejara demasiado.

Lucy recordaba bien el pánico que había sentido cuando se había escabullido en el laberinto sin que nadie la viera y luego no había

podido encontrar la salida. Alex la había encontrado una hora después, irremediablemente perdida y llorando.

Sintiendo que la observaban, miró hacia la entrada de ese laberinto y encontró a su hermano allí de pie, bloqueando la entrada. Y tuvo la extraña sensación de que él estaba recordando exactamente ese mismo momento.

Holbrook se unió a ella en la manta de picnic entonces. Se dejó caer en posición detrás de ella, con sus largas piernas estiradas a cada lado. Ella se reclinó sobre él, disfrutando de la manera en que la rodeaba. La sensación de su cuerpo duro, su aroma llenando sus fosas nasales, nunca dejaba de tranquilizarla.

Él colocó sus manos sobre su vientre aún plano.

—¿Cómo están tú y el pequeño, mi amor?

Ella suspiró y cerró los ojos.

—Agotada. Charlotte me advirtió que estaría cansada durante los primeros meses, pero nunca imaginé que estaría *tan* cansada.

Él le dio un beso en la coronilla, y ella emitió un murmullo de placer. Podría quedarse dormida justo así.

Después de un minuto, Holbrook habló.

—Nunca esperé que pudiera ser tan feliz.

La alegría floreció en su pecho. Ella tampoco. Pero con Holbrook, segura en sus brazos y llevando a su hijo...

—Nunca imaginé que podría tener todo lo que siempre he soñado. Pero tú lo has hecho posible.

Se volvió para mirarlo, y él le dio un beso en los labios.

—Lo hemos hecho posible juntos.

EPÍLOGO 3

CLARINGTON PERMANECÍA de pie en la entrada del laberinto. Hoy era un día feliz, y no quería que nadie se adentrara en el laberinto y se perdiera. Pronto le pediría a un lacayo que se encargara de esa tarea, pero por ahora disfrutaba quedándose atrás y contemplando la alegre escena que tenía ante sí. Por el rabillo del ojo, vio a su esposa entrar con decisión en el centro del área abierta y supo que estaría reuniendo a los niños para su juego de pall-mall.

Su mirada se cruzó con la de Lucy, y un momento silencioso de entendimiento pasó entre ellos. Ella también estaba recordando aquel día. Era un pensamiento inquietante que le hubiera permitido estar perdida e infeliz durante demasiados años, pero finalmente había encontrado la salida del enmarañado laberinto de desesperación que había sido su vida.

Holbrook se unió a ella, y Clarington los observó juntos. Lucy tenía los ojos cerrados y descansaba contra su pecho. Holbrook la sostenía como si fuera el objeto más preciado del mundo.

Oyó pasos que se acercaban, pero no tuvo que volverse para ver quién era.

El conde de Brantford se detuvo y se quedó de pie junto a él. Juntos, observaron a Lucy y Holbrook.

Después de un minuto, Brantford habló.

—El resultado ha sido satisfactorio.

—Sí —dijo Clarington—. Sabía que superaría el escándalo. —Él también había tenido algo de ayuda con eso, de Brantford. Al hombre ya no se le conocía como el Conde Impasible, pero aún ejercía una sorprendente cantidad de poder e influencia.

—Lamento que haya tardado tanto —dijo Brantford—. Con todos sus vicios, el hombre no se acostaba con tantas mujeres casadas.

Por supuesto que no. El primer marido de Lucy siempre había tenido un don innato para la autoconservación. Pero al final, se había acostado con la mujer equivocada. Y Brantford había susurrado algunas palabras en los oídos adecuados, garantizando que desafiaran a Mansfield a un duelo.

Se volvió hacia el conde.

—Estoy en deuda con usted. Si alguna vez puedo hacer algo por usted, solo tiene que pedirlo.

La expresión de Brantford no cambió, pero Clarington creyó detectar un atisbo de calidez en los ojos del hombre.

—Es un placer ver a su hermana feliz. Pero ya que tengo su atención... dígame lo que sabe sobre las Leyendas.

EPÍLOGO 4

La Crónica de Mayfair
Abril de 1820

ESTOY *segura de que habrá bastantes caballeros afligidos al enterarse de que Lady Holbrook (anteriormente la viuda Baronesa Mansfield, hermana del poderoso Duque de Clarington) ha dado a luz a gemelos.*

La talentosa y hermosa vizcondesa ha tenido a bien traer al mundo tanto a un niño, proporcionando a su marido un heredero, como a una niña. (No hay nada más trágico que un segundo hijo que se quedó sin ser heredero por cuestión de minutos...)

Nuestras felicitaciones al Vizconde Holbrook y a Lady Holbrook.

Y a todos aquellos hombres que participaron en la vil apuesta para convertir a la dama en su amante, esta autora tiene información fidedigna de que el hermano de la vizcondesa ha descubierto sus identidades...

Pero sé que muchos de ustedes están aquí por noticias más escandalosas.

Esta autora ha escuchado recientemente un rumor particularmente jugoso sobre cierto lord que se ha vuelto legendario...

NOTA DE LA AUTORA

Me encantó tener la oportunidad de cerrar el círculo con esta serie. *Bailando con el duque* fue una novela corta introductoria a mi serie *Conquistando a un lord*. Comienza con Clarington, quien fue arrastrado a Almack's por su madre y su hermana. Me encantó la simetría de darle también la escena final en esta serie.

La serie *Conquistando a un lord* fue concebida originalmente como una serie de tres libros sobre la familia Evans: Louisa, Catherine y John. En el camino, aparecieron otros personajes que exigieron que se contaran sus propias historias.

Espero que hayas disfrutado la referencia oculta sobre la esposa y la hermana de Brantford dando clases de autodefensa a mujeres. Es algo que siempre pensé que harían, y me alegro de haber podido compartir esa parte de su historia contigo.

Si tienes curiosidad sobre las Leyendas, suscríbete a mi boletín en para ser de los primeros en saber más sobre sus libros cuando estén disponibles.

La madre de Holbrook firma su carta con una fila de X. El primer uso definitivo de este símbolo para denotar besos fue en el libro de Florence Montgomery de 1878 *Seaforth*. Pero hay cierto debate sobre si una carta de 1763 de Gil White, que estaba firmada con una fila de X, se usó para denotar besos o bendiciones. Ambos pueden aplicarse aquí, así que me tomé la libertad.

Suzanna

GRACIAS

Para ver una lista de los libros de Suzanna, visite su sitio web:

https://www.suzannamedeiros.com/

ENCANTAR UN LORD

Bailando con el duque

Amando al Marqués

Seduciendo al Conde

Encantando al Conde

Mi Enemigo el Duque

Descubriendo al Marqués

El Vizconde Reacio

Reencuentro con el Barón

Cortejando al Conde

Tentando al Vizconde

ESCÁNDALOS NAVIDEÑOS

Un Vizconde para Navidad

Un Salteador de Caminos para Navidad

Un Canalla para Navidad

Un Compromiso para Navidad

LA AUTORA

Suzanna Medeiros, autora de bestsellers del USA Today, nació y creció en Toronto, Canadá. Su amor por la palabra escrita la llevó a obtener una licenciatura en Literatura Inglesa en la Universidad de Toronto. Luego obtuvo una licenciatura en Educación antes de decidir dedicarse a su primer amor: la escritura.

Suzanna está casada con su propio héroe y sobrevivió a la crianza de gemelos. Cuando no está escribiendo, le encanta leer, ver ciencia ficción y jugar videojuegos.

Le gustaría agradecer a sus padres por mostrarle que el amor a primera vista y el felices para siempre realmente existen.